

BIBLIOTECA POPULAR

# LOS GRANDES PENSADORES



*Victor Hugo  
E. Reclus  
Kropotkine  
Zola. Taurès  
Voltaire  
Gorki. Darwin  
Diderot. Ibsen  
Spencer  
Tolstoi  
etc, etc.*

Volumen XIX

C. VOLNEY

Las Ruinas de Palmira

(Tomo I)



140  
373<sup>n</sup>

VOLNEY

F 596

Sp 935



9  
BIBLIOTECA POPULAR  
LOS GRANDES PENSADORES

---

VOLNEY

# LAS RUINAS DE PALMIRA

VERSIÓN CASTELLANA REVISADA

por

Cristóbal Litrán

VOLUMEN XIX - SEGUNDA SERIE

CASA EDITORIAL  
PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

---

BARCELONA

BUENOS AIRES

CORTES, 478

PICHINCHA, 1867





## Noticia biográfica

---

*Constantino, Francisco Chassebœuf, que este es su verdadero nombre, que cambió más tarde por el de Volney, nació en Craon (Maine et Loire), el 3 de febrero de 1757.*

*Era hijo de un abogado de cierta fama en aquella época, quien cambió a su hijo el apellido de Chassebœuf por el de Boisgirais, que sin duda sonaba mejor a sus oídos, y que el hijo cambió más tarde por el de Volney, traducción, según algunos, literal del Chassebœuf originario en algún idioma oriental.*

*Después de brillantes estudios que sorprendían en aquel niño enfermizo y raquítico, trasladóse a París para estudiar Derecho y Medicina, pero aquellas especialidades no le satisfacían, y subyugado por el estudio de las lenguas de Oriente, se consagró por entero a él, mientras que frecuentaba la sociedad de los filósofos de la época, conviviendo con Franklin, d'Hobalch y Madame Hévetius.*

*En posesión de una herencia que le sobrevino, Volney no encontró mejor empleo que darle, que el de emprender un viaje a Oriente, para estudiar sus costumbres, sus leyes, su religión, su vida, en una palabra.*

*De este viaje escribió unas Memorias que le abrieron las puertas de la notoriedad, antesala de la celebridad.*



Deseoso de aclimatar en Córcega el cultivo de ciertos productos orientales, fué nombrado Director General de Agricultura y Comercio de aquella isla. La Revolución que estalló por aquel entonces no le permitió ejercer el cargo.

Hombre significado en su época, formó Volney parte de los Estados Generales famosos como representante de sus conciudadanos del tercer estado, por la provincia de Anjou, representando más tarde muy buen papel en la Asamblea Constituyente.

Disuelta la Asamblea, trasladóse a Córcega, donde había adquirido una propiedad con el propósito de consagrarse a especulaciones agrícolas, pero una revuelta interior hizo fracasar su intento.

Hombre de ideas avanzadísimas, como puede comprobarse leyendo Las Ruinas, Volney militaba en el partido de los Girondinos, los Federalistas de aquella tormentosa época, lo que le valió ser encarcelado bajo el Terror.

Puesto en libertad después del 9 del Thermidor, encargósele de dar un curso de Historia en la Escuela Normal, acreditándose como pensador audaz, analítico profundo y fundador de la crítica de la Historia.

Cerrada temporalmente la Escuela Normal, Volney, que necesitaba anchos horizontes para su actividad, marchó a América (1795), siendo muy bien recibido por Washington, no así por Jhon Adams, que le sucedió en la presidencia, y que, tomándole por un agente político secreto que laboraba para que la Luisiana se reincorporase a Francia, tuvo que abandonar el país, regresando a su tierra.

Corrían días tristes para Francia entonces. Bona- parte, antiguo jacobino, amigo de Volney, acababa de

realizar el 18 de Brumario, haciendo traición a sus ideas de ayer.

Volney aplaudió al tirano; no penetró bien sus intenciones; no supo ver que tras la proclamación de Cónsul, aquel ambicioso iba derecho al Imperio con todo el séquito de una formidable reacción política.

Volney, como tantos otros, se equivocó. Suerte suya fue que, aun que nombrado Senador por la reacción naciente, al verla levantar la cabeza la combatió con bravura, formando parte del grupo en el que militaban Lanjuinais y Destutt de Tracy, grupo llamado de los ideólogos.

Para romper de modo definitivo con aquella situación reaccionariamente manifiesta, Volney llegó hasta a presentar su dimisión del cargo de Senador, que no le fué admitida.

Hastiado sin duda de la política, retiróse a su gabinete, y en aquella fecha fué cuando produjo sus más importantes obras filosóficas.

Nombrado Par de Francia por Luis XVIII en 4 de junio de 1814, si aceptó la distinción, hay que decirlo en su honor, no abdicó Volney de sus ideas políticas ni filosóficas.

Consecuente con ellas, confiando en la educación para el porvenir de una Humanidad mejor, en su testamento dejó un legado para constituir el premio Volney, consagrado a estimular los estudios de lingüística y de gramática comparada.

Volney murió en París en 25 de abril de 1820, a los setenta y siete años de una vida laboriosa y útil para la Humanidad, título que solo Las Ruinas, bastaría a concederle.

C. L.



## INVOCACIÓN

---

¡Yo os saludo, ruinas solitarias, tumbas santas, muros silenciosos! Yo os invoco y os dirijo mi plegaria. Sí. Mientras que vuestro aspecto hace apartar espantadas las miradas del vulgo, mi corazón halla en contemplaros el encanto de los sentimientos profundos y de los pensamientos elevados. ¡Qué de lecciones útiles, qué de reflexiones interesantes no ofrecéis al espíritu que sabe consultaros! Vosotras, cuando esclavizada, la Tierra entera enmudecía ante los tiranos, proclamabais ya las verdades que detestan y, confundiendo los restos de los reyes con los del último esclavo, testimoniabais el santo dogma de IQUALDAD. Es en vuestro recinto en donde, amante solitario de la LIBERTAD, he visto aparecerme su genio, no como le pinta el insensato vulgo, armado de antorchas y de puñales, sino bajo el aspecto augusto de la JUSTICIA, llevando en sus manos la sagrada balanza en que son pesadas las acciones de los mortales en las puertas de la Eternidad.

¡Cuántas virtudes poseéis, oh, tumbas! Vosotras espantáis a los tiranos, emponzoñáis con secreto terror sus goces impíos; así huyen de vuestro aspecto incorruptible y llevan cobardemente lejos de vosotras el orgullo de sus palacios. Vosotras castigáis al opresor poderoso, despojáis del oro al concusionario avaro y vengáis a su débil víctima; compensáis las privaciones del pobre, erizando de cuidados el fausto del rico; con-



soláis al desventurado ofreciéndole un postrer asilo; dais, en fin, al alma ese justo equilibrio de fuerza y sensibilidad que constituye la sabiduría, la ciencia de la vida. Considerando que hay que restituíroslo todo, el hombre reflexivo no procura cargarse de vanas grandezas ni riquezas inútiles; mantiene su corazón en los límites de la equidad; y, no obstante, puesto que es menester que alimente su carrera, emplea los instantes de su existencia y usa de los bienes que le son concedidos. Así, ponéis un freno saludable al impetuoso arranque de la concupiscencia, calmáis el ardor febril de los placeres que turban los sentidos, dais descanso al ánimo en la fatigosa lucha de las pasiones y la eleváis por encima de los miserables intereses que atormentan a la muchedumbre. Y desde vuestras cumbres, abrazando el escenario de los pueblos y de las épocas, solo se despliega el espíritu a grandes efectos y no concibe sino ideas sólidas de gloria y virtud. ¡Ah! Cuando el sueño de la vida haya terminado, ¿de qué habrán servido sus agitaciones, si no dejan huella de utilidad?

¡Oh, ruinas! Yo volveré a recibir vuestras sabias lecciones; me reinstalaré en la paz de vuestras soledades, y allí, lejos del espectáculo desconsolador de las pasiones, amaré a los hombres en sus recuerdos, me ocuparé de su felicidad; y la mía consistirá en la idea de haberla apresurado.

## Las Ruinas o meditación sobre las Revoluciones de los Imperios

### I

#### El viaje

El año undécimo del reinado de Abd-ul-Hamid, hijo de Ahmedo, emperador de los turcos, cuando los rusos se apoderaron de Krimea y plantaron sus banderas en frente de Constantinopla, viajaba yo por el Imperio otomano, y recorría las provincias que en otros días formaron los reinos de Egipto y Siria.

Fijándome en lo que concierne a la felicidad de los hombres en el estado social, entraba en los pueblos y estudiaba sus costumbres; penetraba en los palacios, y observaba la conducta de los que gobiernan; me aventuraba por los campos, y examinaba la condición de los que los cultivan; y no viendo por todas partes sino bandolerismo y devastación, miseria y tiranía, oprimíase mi corazón de indignación y de pena.

Todos los días hallaba en mi ruta campos abandonados, pueblos desiertos y ciudades arruinadas; monumentos antiquísimos y reliquias de templos, palacios, fortalezas, columnas, acueductos y mausoleos; y este espectáculo me inclinó a meditar sobre los tiempos pasados, y suscitó en mí pensamientos graves y profundos.

Llegue a Hems, sobre las riberas del Oronto, y allí cerca de Palmira, en el desierto, resolví conocer por mi mismo sus monumentos tan ponderados; al cabo de tres días de marcha en las soledades más áridas



habiendo atravesado un valle lleno de grutas y de sepulturas, observé, al salir de este valle, una inmensa llanura con la escena más asombrosa de ruinas colosales: era una multitud innumerable de soberbias columnas, que, cual las alamedas de nuestros jardines, se extendían hasta perderse de vista en filas simétricas. Entre estas columnas había grandes edificios enteros medio destruídos. Por todas partes estaba el terreno lleno de vestigios semejantes, de cornisas, capiteles, fustes, entablamentos y pilastras, todo de mármol blanco y de un trabajo exquisito. Después de tres cuartos de hora de marcha a lo largo de estas ruinas, entré en el recinto de un vasto edificio, que fué antiguamente un templo dedicado al Sol; acepté la hospitalidad de unos pobres campesinos árabes que habían establecido sus chozas sobre el ara misma del templo, y resolví detenerme para apreciar en detalle la belleza de tantas y tan suntuosas obras.

Todos los días salía a visitar los monumentos diseminados en la llanura y una tarde me había adelantado hasta el Valle de los Sepulcros, subí a las alturas que lo rodean, y desde las cuales domina la vista las ruinas y la inmensidad del desierto. El sol se acababa de poner, y una zona rojiza marcaba todavía su huella en el horizonte lejano de los montes de Siria; la luna llena se levantaba sobre el Eufrates; el cielo estaba despejado; el aire, en calma; la luz, expirante del día minoraba el horror de las tinieblas, la frescura naciente de la noche calmaba la abrasada tierra, y los pastores habían retirado sus camellos; la vista no percibía ya movimiento alguno sobre la llanura monótona; un silencio profundo reinaba en el desierto, y sólo a intervalos remotos se oían los lúgubres acentos de

algunos pájaros nocturnos y de algunos chacales... Las sombras se aumentaban, y ya no distinguían mis ojos más que lo blanco de las columnas y los muros... Estos lugares solitarios, esta noche apacible, esta escena majestuosa, imprimieron en mi ánimo un recogimiento religioso. El aspecto de una gran ciudad desierta, la memoria de los pasados tiempos, la comparación del estado actual, todo elevó mi mente a las reflexiones más sublimes. Sentado sobre el fuste de una columna, apoyado el codo sobre mi rodilla, sostenida la cabeza con la mano, y dirigiendo mis miradas al desierto o sobre las ruinas, me abandoné a una meditación profunda.

## II

### La meditación

Aquí, decía yo, floreció en otro tiempo una ciudad opulenta y existió un imperio poderoso. Si, en estos mismos lugares, ahora tan desiertos, pululaba una multitud que animaba sus recintos y circulaba por estos caminos tan tristes y solitarios. En estos muros, donde reina un silencio tétrico, resonaron el eco de las artes y las risas de los regocijos. Estos mármoles amontonados formaban palacios; estas columnas derribadas, templos; estas galerías derruídas, plazas públicas. Allí, para los deberes de su culto y los cuidados de su subsistencia, afluí un gran pueblo; allí, una industria creadora de goces atraía las riquezas de todos los climas y cambiaba la púrpura de Tiro por el hilo de Serica; los blandos tejidos de Cachemira por los tapices fastuosos de Lydia; el ámbar de la Baltica por las perlas y los perfumes árabes; el oro de Ofir por el estaño de Thulé.



Y ahora ved lo que queda de aquella ciudad poderosa: un esqueleto lúgubre. Ved lo que queda de tan vasto dominio: un recuerdo vano y obscuro. A la algarazara del concurso que se oprimía bajo 'estos pórticos ha sucedido una soledad mortal. Al murmullo de las plazas públicas, ha sucedido el silencio de las tumbas. La opulencia de una ciudad comercial se ha trocado en pobreza repulsiva. Los palacios de los reyes se han convertido en refugio de fieras; pastan los rebaños en los atrios, y en los santuarios se desliza el reptil. ¡Cómo se disipó tanta gloria! ¡Cómo se esterilizaron tantos trabajos! ¿Es así, pues, como perecen las obras humanas y se desvanecen naciones e imperios?

Y la historia de los tiempos pasados se reprodujo en mi pensamiento. Recordé los tiempos antiguos en que veinte pueblos famosos habitaban estos lugares; me figuré al asirio en las riberas del Tigris; al caldeo, en las del Eufrates; al persa reinando desde el Indus al Mediterráneo. Evoqué los reinos de Damasc y Idumea, de Jerusalem y Samaria, y los belicosos Estados de los filisteos y las repúblicas comerciales de Fenicia. Esta Siria, me dije, hoy casi despoblada, contaba entonces cien populosas ciudades; sus campiñas estaban cubiertas de aldeas, granjas y cabañas. Por todas partes se veían campos cultivados, caminos frecuentados, habitaciones llenas de moradores... ¡Ah! ¿Qué se hicieron aquellas edades de abundancia y vida? ¿Qué tantas brillantes creaciones de la mano del hombre? ¿En dónde están las fortalezas de Ninive, los muros de Babilonia, los palacios de Persépolis, los templos de Balbeck y Jerusalem? ¿Dónde las flotas de Tyro, las canteras de Arad, los talleres de Sidon y la multitud de marineros, pilotos, comerciantes y soldados? Y esos

labradores, y cosechas, y rebaños, y toda esa creación inmensa de seres animados, de que se envanecía la superficie de la tierra, ¿dónde están?... ¡Ah! ¡Yo he recorrido esta tierra devastada!... He buscado los antiguos pueblos y sus obras magníficas, y sólo he visto rastros semejantes a los que deja el pie del caminante sobre el polvo movedizo: los templos y los palacios se desmoronaron, los puertos desaparecieron, los pueblos han sido destruídos, y la tierra, falta de habitantes, no es más que un espacio cubierto de sepulcros... ¡Gran Dios! ¿De dónde vienen tan funestas revoluciones? ¿Por qué causas ha mudado tanto la suerte de estas comarcas? ¿Por qué han desaparecido tantas ciudades? ¿Por qué no se ha reproducido y perpetuado su antigua población?

Incesantemente se presentaban a mi espíritu pensamientos nuevos. Todo, continuaba yo, extravía mi raciocinio y sume mi corazón en la incertidumbre. Cuando estas comarcas disfrutaban de lo que constituye la gloria y la felicidad, eran pueblos infieles los que las habitaban: eran los fenicios, sacrificadores homicidas de Molok, que reunían en estos muros las riquezas de todos los climas; los kaldeos, prosternados delante de una serpiente, que subyugaban ciudades opulentas, y despojaban los palacios de los reyes y los templos de los dioses; los persas, adoradores del fuego, que recogían los tributos de cien naciones; los habitantes de esta misma ciudad, adoradores del sol y de los astros, que elevaban tantos monumentos de prosperidad y de lujo... Ganados numerosos, campos fértiles, cosechas abundantes, todo cuanto debiera ser el premio de la piedad, se hallaba en poder de estos idolatras; y ahora que los pueblos creyentes y santos



ocupan montañas, todo se ha convertido en desierto y esterilidad. La tierra no produce sino abrojos y espinas bajo estas manos benditas. El hombre siembra con afanes y sólo cosecha inquietudes y lágrimas; la guerra, el hambre y la peste alternativamente. Y, sin embargo, ¿no son estos los hijos de los profetas? ¿Este musulmán, este cristiano, este judío, no son los pueblos elegidos del cielo, colmados de gracias y milagros? ¿Por qué no gozan de los mismos favores estas castas privilegiadas? ¿Por qué estas tierras, santificadas con la sangre de los mártires, se ven privadas de los beneficios antiguos?

Y siguiendo mi espíritu el curso de las vicisitudes que han transmitido alternativamente el cetro a pueblos tan diversos en cultos y costumbres, desde los del Asia antigua hasta los modernos de Europa, este nombre de una tierra natal, despertó en mí el sentimiento de la patria; y volviendo mis ojos hacia ella, fijé mis ideas en la situación en que la había dejado.

Me acordé de sus campos tan ricamente cultivados, de sus caminos suntuosamente trazados, de sus ciudades habitadas por inmenso pueblo, de sus escuadras esparcidas por todos los mares, de sus puertos cubiertos de los tributos de una y otra India, y comparando con la extensión de su comercio, la actividad de su navegación, la riqueza de sus monumentos, las artes y la industria de sus habitantes, todo lo que Egipto y Siria pudieron poseer, me complacía en hallar el esplendor pasado del Asia en la Europa moderna; pero pronto se disipó el encanto de mi sueño. Reflexionando cuál había sido en otros tiempos la actividad de los lugares que yo contemplaba, ¿quién sabe, dije, si no será igual dentro de algunos años el

abandono de nuestros países, si sobre las orillas del Sena, del Támesis y del Zwiwerzée, donde actualmente no basta el corazón a la multitud de sensaciones en el torbellino de tantos placeres? ¿Quién sabe si un viajero como yo no se sentará algún día solitario sobre las ruinas silenciosas y no llorará sobre las cenizas de los pueblos y la memoria de su grandeza?

Se inundaron mis ojos de lágrimas y cubriéndome la cabeza con mi capa, me absorbí en meditaciones tristes sobre las cosas humanas. ¡Ah! ¡Desgraciado del hombre!—exclamé—. La fatalidad se burla de su suerte, una necesidad funesta rige a la ventura el destino de los mortales. Pero no, no; son los decretos que se cumplen de una justicia divina; un dios misterioso ejerce sus juicios incomprensibles. Sin duda. El ha lanzado contra esta tierra un anatema secreto; en venganza de las generaciones pasadas, ha descargado su maldición terrible sobre las presentes. ¿Quién osará escudriñar los arcanos del Altísimo?

Y quedé inmóvil y absorto en profunda melancolía.

### III

#### El fantasma

A este tiempo hirió mis oídos un ruido semejante al de una ropa flotante y al de una marcha pausada sobre yerbas secas y crugientes; levanté mi capa y mirando con espanto, creí distinguir en el claro-oscuro de la luna y por entre las columnas de un templo un fantasma blanquecino, envuelto en amplio manto y semejante a los espectros que se pintan saliendo de las tumbas. Me estremecí, y mientras que sobrecogido de espanto vacilaba entre el deseo de huir y de saber



lo que era, los graves acentos de una voz profunda me hicieron oír lo que sigue:

«¿Hasta cuándo importunará el hombre a los cielos con sus quejas? ¿Hasta cuándo, en sus clamores vanos, acusará a la suerte de ser causa de sus infortunios? ¿Estarán siempre sus ojos cerrados a la luz y su corazón a las insinuaciones de la verdad y la razón? Por todas partes se le presenta esta verdad luminosa y no quiere distinguirla; el grito de la razón hiere sus oídos y no lo escucha. ¡Hombre injusto! Si puedes por un instante desprenderte del prestigio que fascina tus sentimientos; si tu corazón es capaz de comprender el lenguaje del raciocinio, interroga esas ruínas, lee las lecciones que te presentan. Y vosotros, testigos de veinte siglos, templos santos, sepulcros venerandos, muros otro tiempo gloriosos, compareced ante la causa de la naturaleza; venid al juicio de un entendimiento recto a deponer contra una acusación injusta, a confundir las declamaciones de una falsa sabiduría o de una piedad hipócrita, y vengad los cielos y la tierra del hombre que los calumnia.

»¿Quién es esa ciega fatalidad que sin regla y sin leyes se burla de la suerte de los mortales? ¿Dónde está esa maldición divina que perpetúa la desolación de estos campos? Decid, monumentos de los tiempos pasados, han variado acaso los cielos sus leyes ni la tierra el curso de su marcha? ¿El sol ha apagado los fuegos que vivifican el orbe? ¿Los mares no elevan ya las nubes? ¿Las lluvias y los rocíos se quedan estancados en el aire? ¿Las montañas retienen sus manantiales? ¿Se han secado los riachuelos? ¿Y las plantas están privadas de semillas y de frutos? Responded, raza de mentira y de iniquidad: ¿ha turbado Dios aquel

orden primitivo y constante que asignó él mismo a la Naturaleza? ¿Ha negado el cielo a la tierra, ni la tierra a sus habitantes, los bienes que antes les concedieron? Si nada ha variado en la creación; si subsisten los mismos medios que existieron, ¿en quién consistió que las generaciones presentes no sean lo que las antiguas? ¡Ah! ¡Y cuán injustamente acusáis a la suerte y a la divinidad de la causa de vuestros males! Dí, raza perversa e hipócrita: si estos lugares están desolados, y estas ciudades poderosas se han convertido en soledades, ¿es Dios el causante de su ruína? ¿Es su mano la que ha destruído estas murallas, derribado estos templos y mutilado estas columnas, o es la mano del hombre? ¿Es el brazo de Dios el que ha llevado el acero a los pueblos, el fuego a los campos, el que ha matado el pueblo, incendiado las mieses, arrancado los árboles y talado los campos, o es el brazo del hombre furibundo?... Cuando, después de la devastación de las cosechas, ha sobrevenido el hambre, ¿es la venganza de Dios la que la ha producido, o el furor insensato de los hombres? Si la peste se ha seguido, ¿es la cólera de Dios la que la ha enviado, o la imprudencia del hombre? Cuando la guerra, el hambre y la peste han segado a los hombres y la tierra ha quedado desierta, ¿es Dios el que la ha despoblado? ¿Es su eodicia la que devasta la tierra productiva y aniquila sus frutos, o la codicia de los que gobiernan? ¿Es su orgullo el que promueve las guerras homicidas, o el de los reyes y sus ministros? ¿Es la venalidad de sus decisiones la que destruye la fortuna de las familias, o la venalidad de los órganos de las leyes? ¿Son, en fin, sus pasiones las que atormentan a los individuos y a los pueblos, o son las de los hombres? Y si



en las angustias de sus males no encuentran los remedios, ¿es la ignorancia de Dios la que debe culparse o la suya? Cesad, pues, ¡oh, mortales!, de acusar a la fatalidad de la suerte, o a los juicios de la divinidad. Si Dios es bueno, ¿podrá ser autor de vuestro suplicio? Si justo, ¿será cómplice de vuestras iniquidades? No; la fatalidad de que el hombre se queja no es la del Destino; la obscuridad en que su razón se extravía no es la de Dios; el origen de sus calamidades está sobre la tierra; no se oculta en el seno de la Divinidad, sino que reside en el hombre mismo, y la lleva en su corazón.

»Murmuras, y dices: ¿Cómo es posible que los pueblos infieles hayan gozado de los beneficios de los cielos y de la tierra? ¿Y cómo que unas generaciones santas sean menos felices que pueblos simples? ¡Hombre obcecado!, ¿donde está la contradicción que te escandaliza? ¿Dónde el enigma que atribuyes a la justicia de los cielos? Yo te entrego la balanza del premio y del castigo, de las causas y los efectos. Dime: cuando estos infieles observaban las leyes del cielo y de la tierra, cuando arreglaban sus labores según las estaciones y el curso de los astros, ¿debía Dios trastornar el equilibrio del mundo para burlarse de su prudencia? Cuando cultivaban estos campos con esmero y fatiga, ¿debía negarles las lluvias y el rocío y hacer crecer sólo espinas? Cuando para fertilizar este suelo, su industria construía acueductos, abría canales y traía, atravesando los desiertos, las aguas distantes, ¿debía secar las fuentes de las montañas, arrancar las mieses, devastar los campos que la paz poblaba, destruir las ciudades que el trabajo engrandecía y turbar el orden establecido por la sabiduría del hombre? ¿Y

qué es esa infidelidad que fundó los imperios por la prudencia, los defendió por el valor, los afirmó por la justicia; que levantó ciudades, formó puertos, desecó marismas, cubrió la mar de naves, la tierra de habitantes, y semejante al espíritu creador esparció el movimiento y la vida sobre el mundo? Si tal es la impiedad, ¿qué será la verdadera creencia? ¿La santidad consiste en destruir? El Dios que puebla el aire de aves, la tierra de animales, las ondas de reptiles, que anima la naturaleza, ¿es Dios de sepulcros y ruinas? ¿Pide la devastación por homenaje, y por sacrificio los incendios? ¿Quiere por himnos gemidos, homicidas por adoradores, por templo un mundo desierto y asolado? He aquí, sin embargo, castas santas y fieles, cuáles son vuestras obras; he aquí los frutos de vuestra decantada piedad. Habéis asesinado los pueblos, quemado las ciudades, destruído las mieses, convertido la tierra en soledad, ¡y pedís ahora el salario de vuestras obras! ¡Será forzoso resucitar a los labradores que habéis degollado, levantar los muros que habéis destruído, reproducir las mieses que habéis asolado, reunir las aguas que habéis esparcido y contrariar, en fin, todas las leyes de los cielos y la tierra! Leyes establecidas por Dios mismo en demostración de su magnificencia y su grandeza; leyes eternas, anteriores a todos los códigos y a todos los profetas; leyes inmutables que no pueden alterar ni las pasiones ni la ignorancia del hombre. Pero la pasión que las desconoce, la ignorancia que no observa las causas, que no prevé los efectos, han dicho en la necedad de su corazón: «Todo viene del acaso; una ciega fatalidad derrama el bien y el mal, sin que la prudencia o el saber puedan remediarlo». O bien adoptando un len-



juaje hipócrita: «Todo viene de Dios, que se complace en engañar la sabiduría o en confundir la razón». Y la ignorancia se ha aplaudido en su malignidad. «Así—ha dicho—, yo me igualaré a la sabiduría, que me ofende; haré inútil la prudencia, que me fatiga e importuna.» Y la codicia añade: «Así, oprimiré al débil, devoraré los frutos de sus trabajos y podré decir: «Dios es el que lo ha decretado, es la suerte la que lo ha querido.» Mas yo juro por las leyes del cielo y de la tierra, que el hipócrita no podrá lograr su iniquidad ni el injusto su feroz intento. Antes cambiará el sol su curso que la necedad prevalezca sobre la inteligencia y el saber, y que la ceguera pueda más que la prudencia en el arte delicado y profundo de proporcionar al hombre sus placeres verdaderos y de sentar su felicidad sobre bases sólidas».

#### IV

#### La exposición

Así habló el fantasma; y sobrecogido con este discurso, y agitado el corazón por diferentes sensaciones, permanecí largo tiempo silencioso. Al fin, como animándome a hablar, dije: «¡Oh, Genio de las tumbas y las ruinas! Tu presencia y tu severidad han turbado mis sentidos; pero la exactitud de tus discursos devuelve la confianza a mi alma; perdona mi ignorancia. ¡Ah! Si el hombre es ciego, ¿será posible que lo que causa su tormento constituya todavía su delito? Yo he podido desconocer la razón, pero no la he despreciado después de conocida. Si lees en mi corazón, sabes cuánto deseo la verdad, que la solicito con ansia... ¿No es en su busca por lo que me ves en estos parajes solitarios? ¡Ay de mí! Yo he recorrido la tierra, y viendo en todas partes la miseria y la desolación, el sentimiento

de los males que atormentan a mis semejantes ha afligido mi alma. Yo me he preguntado suspirando: ¿El hombre ha sido criado para las angustias y el dolor? Y he aplicado mi espíritu a la meditación de nuestros males para descubrir sus remedios. Yo me separaré, he dicho, de las sociedades corrompidas; me alejaré de los palacios, en que el alma se deprava por la saciedad, y de las cabañas, donde se envilece por la miseria. Iré a vivir al desierto, entre las ruinas, e interrogaré a los monumentos antiguos sobre la sabiduría de los tiempos pasados; invocaré en las tumbas el espíritu que formó el esplendor de los Estados y la gloria de los pueblos de Asia. Preguntaré a las cenizas de los legisladores por qué se elevan y decaen los Imperios, de qué causas nacen la prosperidad y las desgracias de las naciones, y, en fin, sobre qué principios deben establecerse la paz de las sociedades y la felicidad de los hombres.»

Callé, y bajando los ojos oí la respuesta que sigue del Genio respetable. «La paz, dijo, y la felicidad descienden sobre aquel que practica la justicia. ¡Oh, joven! Pues que tu corazón busca la verdad con rectitud, puesto que tus ojos pueden todavía reconocerla a través de la venda de los prejuicios, tus ruegos no serán inútiles: expondré a tu vista esa verdad porque suspiras, a tu razón la sabiduría que reclamas, y te revelaré los secretos de las tumbas y la ciencia de los siglos...» Entonces, acercándose y poniendo su mano sobre mi cabeza: «Levántate, mortal, dijo, y levanta tus sentidos del polvo en que te arrastras...» Y, repentinamente, penetrado de un fuego celestial, me pareció que sentía romperse los lazos que nos ligan a la tierra, y que cual un vapor ligero arrebatado por el vuelo del genio, me



veía transportado a regiones superiores. Allí, en lo más alto, bajando mis ojos a la tierra, percibí una escena nueva. En el espacio, bajo mis pies, un globo semejante al de la luna, pero menos grande y luminoso, me presentaba una de sus faces: esta faz tenía el aspecto de un disco sembrado de grandes manchas; unas, blancas y nebulosas; otras, verdes y oscuras; y entretanto que yo me esforzaba en descubrir lo que eran estas manchas: «Hombre que buscas la verdad, me dijo el Genio conductor, ¿reconoces este espectáculo?» ¡Oh, Genio!, respondí, si no viese en la otra parte el globo de la luna tomaría éste por aquél, porque tiene las mismas apariencias de este planeta visto con el telescopio en la sombra de un eclipse; cualquiera diría que estas diversas manchas son mares y continentes.» «Si, respondió, son mares y continentes, y los mismos del hemisferio que habitas.» «¡Cómol, exclamé. ¿Esa es la tierra donde viven los mortales?» «Sí, repuso. Ese espacio nebuloso que ocupa irregularmente una gran porción del disco y le ciñe casi por todas partes es lo que llamáis el Océano, que desde el polo del Sur, adelantándose hacia el Ecuador, forma, primero, el gran golfo de la India y del Africa, después se prolonga al Oriente a través de las islas Malayas hasta la Tartaria, al paso que por el Oeste envuelve los continentes de Africa y Europa hasta el norte de Asia.

»Bajo nuestros pies se halla esa península cuadrada, que es la región árida de los árabes; a su izquierda, ese gran continente, casi desnudo en su interior y verdoso en sus extremos, es el suelo abrasado que habitan los hombres negros. Al Norte, más allá de un mar irregular, estrecho y largo, están las tierras de Europa,

rica en praderas y en campos cultivados; a su derecha, desde el Caspio, se extienden las llanuras nevadas e incultas de la Tartaria. Volviendo hacia nosotros, este espacio blanquecino es el vasto y triste desierto de Cobi, que separa la China del resto del mundo. Esas lenguas de tierra y esos puntos separados son las penínsulas y las islas de los pueblos malayos, tristes poseedores de los aromas y perfumes. Ese triángulo que avanza en el mar es la península demasiado célebre de la India. Ves el curso tortuoso del Ganges, las ásperas montañas del Tibet, el valle delicioso de Kachemir, los desiertos salinos del Persa, las riberas del Eufrates y el Tigris, el curso profundo del Jordán y los canales del Nilo solitario...»

«¡Oh, Genio, dije, interrumpiéndole. La vista de un mortal no alcanza a distinguir esos objetos tan lejanos. Al instante me tocó los ojos, que se hicieron más perspicaces que los del águila; y, a pesar de ello, los ríos no me parecían todavía sino cintas sinuosas, las montañas surcos tortuosos y las ciudades tableros de damas.

Y el Genio me dijo: «Esos montones de piedras labradas que percibes en el valle estrecho que el Nilo fecundiza, son los esqueletos de los palacios y los templos de que se enorgullecía la antigua Etiopía. He allí los vestigios de su metrópoli primitiva, la Thebas de los cien palacios, donde nacieron las leyes, las ciencias y las artes, cuna misteriosa de tantas opiniones como sin saberlo, rigen todavía a los pueblos. Más abajo, esos bloques son las pirámides cuyas masas enormes te han sorprendido; más allá, esa ribera que guarnece el mar y una cadena de montañas, fué la mansión de los pueblos fenicios; allí estuvieron las



ciudades poderosas de Tiro, Sidon, Ascalon, Gaza y de Berites. Ese hilo de agua sin salida es el Jordán, y esas rocas áridas fueron teatro de sucesos que hicieron mucho ruido en el mundo. He allí aquel desierto de Horeb y aquel Monte Sinaí, donde, por medios que el vulgo ignora, un hombre atrevido y de ingenio profundo fundó instituciones que han influido sobre toda la especie humana. En la árida playa confinante no percibes resto de esplendor, y, sin embargo, fué depósito de riquezas. Aquí estaban aquellos puertos idumeos desde donde las flotas hebreas y fenicias, costeando la península árabe, se dirigían al golfo Pérsico para tomar en él las perlas de Hevila y el oro de Saba y de Ofir; sobre aquella costa de Oman y de Bahrain se hallaba el centro de este comercio de lujo, que hizo la fortuna de los antiguos pueblos; allí es donde venían a parar los aromas y las piedras preciosas de Ceilán, los chales de Kachemir, los diamantes de Golconda, el ámbar de las Maldivas, el almizcle del Tibet, el acibar de Cochín, los monos y pavos reales de la India, el incienso de Hadramaút, la mirra, la plata, el polvo de oro y el marfil de Africa; de allí es de donde estos objetos transportados por el mar Rojo aumentaron la opulencia de Thebas, Sidon, Menfis y Jerusalén; y otras veces, subiendo por el Tigris y el Eufrates, suscitaron la actividad de las naciones asirias, medas, kaldeas y persas; y estas riquezas, según su uso ó abuso, realzaron o destruyeron su dominación. He aquí el manantial que producía la magnificencia de Persépolis, cuyas columnas descubres: de Ecbatana, cuyo séptuplo recinto está destruído; de Babilonia, que sólo conserva montones de tierra removida; de Nínive, cuyo nombre apenas subsiste; de

Tapsaques, de Anatho y de Gerra y de esta desolada Palmira. ¡Oh, nombres por siempre gloriosos!, ¡oh, campos célebres!, ¡oh, recintos memorables!, ¡qué lecciones profundas ofrece vuestro aspecto presentel, ¡cuántas verdades sublimes están escritas sobre la superficie de esta tierra! Recuerdos de tiempos pasados, venid a mi memoria; lugares testigos de la vida del hombre en tantas edades, representadme las revoluciones de su fortuna, decid a qué causas debió sus venturas y sus desgracias; descubridle el origen de sus males; rectificad sus juicios con la vista de sus errores; enseñadle su propia sabiduría, y que la experiencia de las generaciones pasadas forme un cuadro de instrucción y un germen de felicidad para las presentes y futuras.

V

### Condición del hombre en el Universo

Después de algunos momentos de silencio volvió el Genio a hablar:

«Ya he dicho: el hombre atribuye en vano sus desgracias a agentes oscuros e imaginarios; en vano busca causas misteriosas y extrañas a sus males; no hay duda que su condición está sujeta a varios inconvenientes en el orden general del Universo, que su existencia está dominada por potencias superiores; pero éstas no son ni los decretos de un destino ciego ni los caprichos de seres fantásticos; lo mismo que al mundo, rigen al hombre leyes naturales, regulares en su curso, consiguientes en sus efectos, inmutables en su esencia; y estas leyes, manantial común de los bienes y los males, no están escritas en los astros u ocultas en códices misteriosos; inherentes a la natura-



leza de los seres, se presentan al hombre en todo tiempo y lugar, obran sobre sus sentidos, advierten su inteligencia y proporcionan a cada acción su pena y su recompensa. Conozca el hombre esas leyes; comprenda la naturaleza de los seres que le rodean y su naturaleza propia, y conocerá los motores de su suerte y sabrá las causas de sus males y sus remedios.

Cuando la potencia desconocida que anima el Universo y formó el globo que el hombre habita, imprimió a los seres propiedades esenciales que constituyeron la regla de sus movimientos individuales, el lazo de sus relaciones recíprocas y la causa de la armonía del conjunto. Así estableció un orden de causas y efectos, de principios y consecuencias, que bajo apariencia de acaso gobierna el mundo y mantiene el equilibrio del Universo; así la potencia desconocida dió al fuego el movimiento y la actividad, al aire lo hizo elástico, pesada y densa a la materia; formó el viento más ligero que el agua, el metal más pesado que la tierra, y la madera menos compacta y tenaz que el acero; ordenó que la llama subiese, que la piedra bajase y que las plantas vegetasen: al hombre, queriendo exponerle al choque de tantos seres diversos y al mismo tiempo preservar su frágil vida, le dió la facultad de sentir. Por ella, toda su acción nociva a su existencia le produjo una sensación de mal y de dolor, y toda acción favorable, una sensación de bienestar y de placer. Por estas sensaciones, el hombre huyendo ya de lo que hiere sus sentidos, ya arrastrado hacia lo que los halagan, ha necesitado amar. Por lo tanto, el amor de sí mismo, el deseo del bienestar, la aversión del dolor, han sido las leyes esenciales y primordiales impuestas al hombre

por la Naturaleza y que, semejantes a las del movimiento en el mundo físico, han venido a ser el principio sencillo y fecundo de todo lo que ha pasado en el mundo moral.

Tal es, pues, la condición del hombre: por una parte, sometido a la acción de los elementos que le rodean, está sujeto a males inevitables; y si en este principio se ha mostrado severa la Naturaleza, por otra parte justa y aun indulgente, ha templado no sólo sus males con bienes positivos, sino que le ha dado el poder de aumentar unos y de disminuir otros, pareciendo decirle: «Débil obra de mis manos, nada te debo, y te doy la vida; el mundo en que te coloco no fué hecho para ti, y sin embargo, te concedo lo disfrutes; le hallarás mezclado de bienes y de males; a ti toca distinguirlos; a ti guiar tus pasos con acierto en los senderos de flores y espinas. Sé tú mismo el árbitro de tu suerte.» Sí, seguramente: el hombre se ha hecho el autor de su destino; él mismo ha creado alternativamente los reveses y los sucesos de su fortuna; y si tiene motivos para quejarse de su debilidad o su imprudencia, al considerar de qué principios ha partido y a qué altura ha sabido elevarse, tal vez tiene más derechos a presumir de su fuerza y a envanecerse de su ingenio.

## VI

### Estado original del hombre

Formado el hombre en su origen desnudo de espíritu y de cuerpo, se halló echado por el acaso sobre una tierra agreste y confusa; huérfano abandonado por la potencia desconocida que le había producido, no vió a su lado seres bajados de los cielos para advertir las necesidades que no debe sino a sus sentidos, ni



para instruirle en los deberes que nacen únicamente de sus necesidades. Semejante a los demás animales, sin experiencia de lo pasado, sin previsión de lo futuro, vagó por los bosques, guiado por la Naturaleza: el hambre le inclinó a los alimentos, y proveyó a su subsistencia; las intemperies le inspiraron el deseo de cubrir su desnudez; por el atractivo de un placer poderoso se acercó a un ser parecido, y perpetuó su especie...

Así, las impresiones que recibió de cada objeto, despertando sus facultades, desenvolvieron por grados su entendimiento y comenzaron a instruir su ignorancia; sus necesidades suscitaron su industria, sus peligros formaron su valor; aprendió a distinguir las plantas útiles de las dañinas, a combatir los elementos, a sujetar los animales, a defender su vida, y de este modo alivió su miseria.

El amor de sí mismo, la aversión al dolor, el deseo del bienestar fueron los móviles sencillos y poderosos que le sacaron del estado salvaje en que la Naturaleza le había colocado; y cuando al presente se halla su vida sembrada de placeres, cuando puede contar cada día por alguna dulzura, tiene el derecho de felicitarse y decir: «Yo soy el que ha producido los bienes que me rodean; yo soy el autor de mi felicidad; habitación cómoda, vestidos apropiados, alimentos sanos y abundantes, campos placenteros, colinas fértiles, imperios populosos, todo es obra de mi ingenio; sin mí esta tierra, abandonada al desorden, sería una marisma inmundada, un bosque salvaje o un desierto espantoso»... ¡Sí, hombre creador, recibe un homenaje! Tú has llegado a medir la extensión de los cielos; tú has conseguido calcular la masa de los astros; tú has logrado

apoderarte del rayo de las nubes, dominar el mar y las tormentas y sujetar los elementos. ¡Cómo tantos rasgos sublimes han podido mezclarse con tantos extravíos!»

## VII

### Principios de las sociedades

Los primeros hombres, errantes en los bosques y en las orillas de los ríos, empleados en la caza y la pesca, rodeados de riesgos, asediados por los enemigos, atormentados por el hambre y los reptiles, y acosados por las bestias feroces, debieron sentir su debilidad individual; y movidos de una necesidad común de seguridad y de un sentimiento recíproco de los mismos males, reunieron sus medios y sus fuerzas, y se asociaron para asegurar su existencia, aumentar sus facultades y proteger sus goces; y el amor de sí mismo fué el principio de la sociedad.

Instruidos después por la prueba repetida de diversos accidentes, por las fatigas de una vida vagabunda, por las inquietudes de frecuentes hambres, se dijeron: «¿Por qué hemos de emplear nuestros días en buscar frutos esparcidos sobre una tierra estéril? ¿Por qué hemos de aniquilarnos persiguiendo presas que suelen escapársenos en los bosques y los ríos? ¿Por qué no reunir bajo nuestra mano los animales que nos sustentan? ¿Por qué no hemos de aplicar nuestros cuidados a su multiplicación y defensa? Nos alimentaremos entonces con sus productos; nos vestiremos de sus despojos y viviremos exentos de las fatigas del día y de los cuidados de los futuros».

Y los hombres, ayudándose, cogieron al cabrito ligero, la oveja tímida, el camello paciente, el toro indómito, el caballo fogoso, y comenzaron a gozar del



reposo de las comodidades; y el amor de sí mismo, principio de todo raciocinio, fué motor de todas las artes y todos los placeres.

Así que los hombres pudieron pasar los días entregados al reposo y en la comunicación de sus ideas, dirigieron sobre la tierra, los cielos y su propia existencia, su reflexión: observaron el curso de las estaciones, la acción de los elementos, las propiedades de los frutos y las plantas, y aplicaron su espíritu a multiplicar sus goces. Y habiendo observado que ciertas semillas contenían en pequeño volumen una substancia sana, esparcieron sobre la tierra el trigo, la cebada y el arroz, que fructificaron; y habiendo encontrado el medio de obtener en pequeño espacio, y sin mudar de sitio, muchas subsistencias e infinitas provisiones, construyeron viviendas estables, formaron aldeas y ciudades, y más adelante naciones numerosas; y el amor de sí mismo produjo el desarrollo del ingenio y del poder.

«De este modo, y con el único auxilio de sus facultades, ha sabido elevarse el hombre a la asombrosa altura de su fortuna presente. Y hubiera sido muy dichoso si, observando escrupulosamente la ley impresa a su ser natural, hubiese llenado con fidelidad su único objeto. Pero, por una imprudencia funesta, habiendo unas veces desconocido y otras traspasado sus límites, se ha extraviado en un laberinto de errores e infortunios; y el amor de sí mismo, unas veces desordenado, otras ciego, ha venido a ser principio fecundo de calamidades.»

### Origen de los males de las sociedades

En efecto: así que los hombres pudieron desenvolver sus facultades, enagenados por el atractivo de los objetos que halagan los sentidos, se entregaron a los deseos más desenfrenados. No les bastó ya la medida de las dulces sensaciones que la Naturaleza había ligado a sus verdaderas necesidades: no contentos con los bienes que les ofrecía la tierra o producía su industria, quisieron acumular goces, y codiciaron los que poseían sus semejantes. Y un hombre fuerte se levantó contra otro débil para arrebatarle el fruto de sus fatigas; y el débil convocó a otro débil para resistir a la violencia; y dos fuertes se dijeron: «¿A qué fatigar nuestros brazos para producir lo que se encuentra en poder de los débiles? ¡Unámonos y despojémosles! ¡Ellos trabajarán por nosotros!» Y se atormentaron los hombres recíprocamente; y se estableció sobre la tierra una discordia funesta, en la cual, reproduciéndose las pasiones bajo mil formas diversas, no han cesado de formar un encadenamiento sucesivo de calamidades.

Así, ese amor propio que, moderado y prudente, era principio de felicidad y perfección, convertido en ciego y desordenado se transformó en veneno corruptor: y la codicia, hija de la ignorancia, se ha hecho causa de todos los males que han desolado la tierra.

Ignorancia y codicia; he aquí el origen de todos los tormentos de la vida. En ellas consisten las ideas falsas de la felicidad, y que desconocidas o quebrantadas las leyes de la Naturaleza en sus relaciones con los objetos exteriores, se haya violado la moral indi-



vidual; en ellas consiste que cerrando el corazón a toda compasión y su espíritu a la equidad, haya el hombre vejado y afligido a su semejante, y violado la moral de la sociedad. Por la ignorancia y la codicia, ha tomado el hombre las armas contra el hombre, la familia contra la familia, la tribu contra la tribu, y la tierra se ha vuelto teatro sangriento de discordia y latrocinio. Por la ignorancia y la codicia se han desunido los ciudadanos y una misma sociedad se ha dividido en opresores y oprimidos, en dueños y esclavos. Por ellas, unas veces insolentes y audaces los jefes de una nación, han forjado las cadenas, y la codicia mercenaria ha fundado el despotismo político; otras, hipócritas y astutos, han hecho bajar del cielo poderes mentirosos y un yugo sacrílego. La crédula avaricia ha fundado el despotismo religioso. Por ellas, en fin, se han desnaturalizado las ideas del bien y del mal, de lo justo y lo injusto, de la virtud y del vicio; y las naciones se han extraviado en un laberinto de errores y de calamidades. ¡La codicia del hombre y su ignorancia!... He aquí los genios malignos que han perdido la tierra, los decretos del acaso que han derrocado los imperios, los anatemas que han destruído estos muros en otros tiempos tan gloriosos y convertido el esplendor de una ciudad populosa en una soledad de luto y ruinas. Pero supuesto que fué del seno del hombre de donde salieron todos los males que le han desgarrado, en él fué donde debió encontrar los remedios y en él es donde deben buscarse.

### IX

#### Origen de los gobiernos y de las leyes

No tardó en llegar el tiempo en que fatigados los hombres de los males que recíprocamente se causa-

ban, suspiraron por la paz; y reflexionando sobre sus infortunios y las causas que los producían, dijeron: «Nos dañamos con nuestras pasiones; y por querer cada uno apoderarse de todo, ninguno posee: lo que hoy quita uno, mañana se lo arrebatan. Instituyamos árbitros que diriman nuestras discordias. Cuando el fuerte se levantara contra el débil, el árbitro le reprimirá y dispondrá de nuestros brazos para contener la violencia; y la vida y las propiedades de cada uno se hallarán bajo la custodia y la protección comunes, y todos gozaremos de los bienes de la Naturaleza.»

Así se formaron en las sociedades convenios tácitos o expresos, que vinieron a ser regla de las acciones de los particulares, medida de sus derechos ley de sus relaciones recíprocas; y se pusieron delante algunos hombres para hacerlas observar, y el pueblo les entregó la balanza para pesar los derechos, y la espada para castigar las transgresiones.

Entonces se estableció entre los individuos un feliz equilibrio de fuerzas y de acción que constituyó la seguridad común. El nombre de equidad y justicia fué reverenciado sobre la tierra; todo hombre pudo gozar en paz de los frutos de su trabajo, se dedicó enteramente a los movimientos de su alma; y suscitada y sostenida su actividad por la esperanza o por la verdadera posesión de los placeres, hizo germinar las riquezas del Arte y la Naturaleza; los campos se cubrieron de mieses; los valles, de ganados; las colinas, de frutos; el mar, de buques, y el hombre fué feliz y poderoso sobre la tierra.

De esta suerte, el desorden que produjo su imprudencia lo reparó su misma sabiduría. Para asegurar sus propios goces respetó los ajenos; y la codicia



halló su correctivo en el amor ilustrado de sí mismo.

Por consecuencia, el amor de sí mismo, móvil eterno de todo individuo, vino a ser la base necesaria de toda sociedad; y de la observancia de esta ley natural, dependió la suerte de las naciones. Cuando las leyes ficticias y convencionales llenaron su destino, el hombre, movido por un instinto poderoso, desplegó las facultades de su ser; y de la multitud de felicidades particulares se compuso la felicidad pública. Pero cuando estas leyes coartaron la tendencia del hombre hacia su felicidad, privado su corazón entonces de los móviles verdaderos, se debilitó en la inacción, y el decaimiento de los individuos produjo la debilidad pública.

Así que, como el amor de sí mismo instiga sin cesar al hombre contra su semejante y tiende a disolver la sociedad, el arte de las leyes y la virtud de sus agentes deben templar el conflicto de las pasiones y asegurar a cada uno su bienestar a fin de que en el choque de sociedad con sociedad tengan todos los miembros un mismo interés en la conservación y en la defensa de la causa pública.

La prosperidad de los imperios ha dependido de la equidad de los gobiernos y las leyes; y su poder ha tenido por medida en lo exterior el número de los intereses particulares y el grado de adhesión a la cosa pública.

Por otra parte, habiendo hecho la multiplicación de los hombres difícil el señalamiento de sus derechos recíprocos, por la complicación de sus relaciones; habiendo suscitado la lucha perpetua de sus pasiones incidentes imprevistos; habiendo sido los convenios viciosos, insuficientes o nulos, y, en fin, habiendo ya

desconocido, ya ocultado su objeto los autores de las leyes y dejándose arrastrar sus ministros por su codicia, se introdujo en las sociedades el desorden; y el vicio de las leyes e injusticia de los gobiernos, derivados de la codicia y la ignorancia, han sido los móviles de las desgracias de los pueblos y del trastorno de los Estados.

## X

### Causas generales de la prosperidad de los Estados antiguos.

Tales han sido, ¡oh joven que buscas la sabiduría! las causas de las revoluciones de estos antiquísimos Estados, cuyas ruinas contemplas. En todas partes se ofrecen a mi espíritu los mismos principios de fomento y destrucción de esplendor y decadencia. Si un pueblo es poderoso, si su imperio prospera es porque las leyes convencionales son conformes a las de la Naturaleza; porque el Gobierno proporciona a los hombres el uso libre de sus facultades, la seguridad igual de sus personas y de sus propiedades. Si, al contrario, un imperio se arruina o se disuelve, es porque las leyes son viciosas e imperfectas o porque el gobierno corrompido las quebranta. Y si las leyes o los gobiernos se depravan después, esta alternativa de bien y de mal depende de la naturaleza del corazón humano, de la sucesión de sus inclinaciones, del progreso de sus conocimientos y de la combinación de las circunstancias y de los acontecimientos, como lo prueba la historia de la especie.

En la infancia de las naciones, cuando los hombres vivían aun en los bosques, sujetos a las mismas necesidades y dotados de las propias facultades, eran casi iguales en fuerzas; y esta igualdad fué fecunda y ven-



tañosa en la organización de las sociedades; siendo cada individuo independiente de otro, ninguno fué esclavo ni tuvo la pretensión de ser dominador. El hombre nuevo ni conocía la servidumbre ni la tiranía; provisto de los medios suficientes a su bienestar, no penso en adquirir otros. No debiendo ni exigiendo nada, juzgaba de los derechos ajenos por los suyos, y tenía ideas exactas de la justicia; ignorando el arte de gozar, no sabía producir sino lo necesario; y por falta de superfluidades estaba aletargada la codicia; mas si ésta se atrevía a despertar, la resistía con vigor el hombre a quien querían privar de lo preciso, y la sola opinión de esta resistencia conservó un justo equilibrio.

Así, pues, la igualdad original, a falta de convenios, mantenía la libertad de las personas, la seguridad de las propiedades, las buenas costumbres y el orden. Cada uno trabajaba por sí y para sí, y el corazón del hombre ocupado no experimentaba deseos culpables. Gozaba poco, pero satisfacía sus necesidades; y como la Naturaleza, indulgente, las hizo inferiores al poder de satisfacerlas, el trabajo produjo la abundancia, y ésta la población, se desarrollaron las artes, se extendió el cultivo, y la tierra, cubierta de numerosos habitantes, se dividió en diversos dominios. Luego que se fueron complicando las relaciones de los hombres, resultó más difícil de mantener el orden de las sociedades.

El tiempo y la industria engendraron las riquezas, y la codicia se hizo más activa; y porque la igualdad, fácil entre los individuos, no pudo subsistir entre las familias, se rompió el equilibrio natural; fué preciso entonces substituirle un equilibrio facticio: nombrar

jefes, establecer leyes; pero varias circunstancias contribuyeron a moderar el desorden y a que los gobiernos se viesen en la necesidad de ser justos.

En efecto: siendo los Estados al principio débiles y debiendo temer a los enemigos externos, importó mucho a los jefes no oprimir a sus súbditos para no disminuir sus medios de resistencia, facilitar las invasiones extranjeras y, por medio de pretensiones injustas, comprometer su propia existencia.

En lo interior, el carácter de los pueblos repelía la tiranía. Los hombres habían contraído desde larga fecha hábitos de independencia; tenían pocas necesidades y un conocimiento positivo de sus fuerzas. Como los Estados eran reducidos, era difícil desunir a los ciudadanos para oprimir a unos por otros; se comunicaban con demasiada facilidad, y eran muy claros y muy sencillos sus intereses: a más, siendo propietarios y cultivadores todos los hombres, ninguno tenía necesidad de venderse, y el déspota no habría hallado mercenarios.

Si se suscitaban disensiones, eran de familia a familia, de facción a facción, y los intereses eran siempre comunes a un gran número de individuos; las turbulencias eran seguramente más vivas; pero el temor a los extranjeros apaciguaba las discordias: si la opresión de un partido lograba consolidarse, hallándose la tierra libre y encontrando los hombres sencillos en todas partes las mismas ventajas, el partido aplastado emigraba y llevaba a otra parte su independencia.

Los antiguos Estados gozaban, por tanto, de infinitos medios de prosperidad y poder: cuando el hombre hallaba su bienestar en la constitución de su país, tomaba vivo interés en conservarle; si un extraño lo



atacaba, como defendía su hacienda y su casa, llevaba a los combates la pasión de una causa personal, y el sacrificio de sí mismo producía el sacrificio por la patria.

Y porque toda acción útil al público atraía estimación y reconocimiento, cada cual procuraba ser útil; el amor propio multiplicaba los talentos y las virtudes cívicas.

Y porque todo ciudadano contribuía igualmente con sus bienes y su persona, eran inagotables los ejércitos y las rentas públicas; y las naciones desplegaban unas masas imponentes de fuerzas.

Y porque la tierra era libre y su posesión segura y fácil, cada uno era propietario y la subdivisión de las propiedades conservaba las costumbres e impedía el lujo.

Y porque cada cual cultivaba por sí mismo, el cultivo era más activo, los productos más abundantes y la riqueza particular constituía la opulencia pública.

Y porque la abundancia de los productos facilitaba la subsistencia, la población fué rápida y numerosa y los Estados llegaron en breve al término de su esplendor.

Y porque hubo más productos que consumo nació la necesidad de comerciar, y se hicieron cambios de pueblo a pueblo, que aumentaron su actividad y sus recíprocos goces.

Se establecieron escalas florecientes de comercio y puntos poderosos de dominación. Y sobre las orillas del Nilo y del Mediterráneo, del Tigris y del Eufrates, las riquezas reunidas de la India y de Europa levantaron cien metrópolis a su mayor altura.

Y enriquecidos los pueblos, aplicaron el sobrante

de sus recursos a los trabajos de utilidad pública, y esta fué la época de aquellas obras cuya magnificencia nos admira; de los pozos de Tiro, de los diques del Eufrates, de los conductos subterráneos de Media, de las fortalezas del desierto, de los acueductos de Palmira, de los templos, de los pórticos... Y estos trabajos pudieron ser inmensos sin abrumar a las naciones, porque fueron producto de un concurso igual y común de las fuerzas de individuos apasionados y libres.

De este modo prosperaron los Estados antiguos, porque las instituciones sociales se ajustaron a las verdaderas de la Naturaleza, y porque gozando los hombres de la libertad y seguridad de sus personas y propiedades pudieron desplegar sus facultades y toda la energía del amor de sí mismos.

## XI

### Causas generales de las revoluciones y de la ruina de los Estados antiguos

Cuando la codicia suscitó entre los hombres una lucha constante y general, que produjo las invasiones recíprocas de los individuos y las sociedades, se originaron las agitaciones y revoluciones sucesivas.

En el estado salvaje de los primeros hombres esta codicia audaz y feroz enseñó la rapiña, la violencia y asesinato, y por mucho tiempo se retardaron los progresos de la civilización.

Y porque un hombre fué más fuerte que otro se tomó esta desigualdad accidental de la naturaleza por una ley positiva: y como el fuerte pudo quitar al débil la vida y no se la quitó, se atribuyó un derecho abusivo de propiedad y la esclavitud de los individuos preparó la esclavitud de las naciones.



Y porque el jefe de una familia pudo ejercer una autoridad absoluta en su casa no tomó otra regla de conducta que sus gustos y pasiones; dió o quitó sus bienes sin igualdad, sin justicia, y el despotismo paternal echó los cimientos del despotismo político.

En las sociedades formadas sobre tales bases, habiéndose multiplicado las riquezas con el tiempo y el trabajo, se hizo la codicia más artificiosa, porque las leyes trataban de contenerla. Bajo apariencias de unión y paz fomentó en cada Estado una guerra intestina, en la cual, divididos los ciudadanos en cuerpos contrarios, compuestos de órdenes, de clases y de familias, aspiraron constantemente a apropiarse, bajo el nombre de «poder supremo», la facultad de apoderarse y avasallar todo, según sus pasiones; y este espíritu de invasión fué disfrazado bajo todas formas, pero siempre el mismo es su fin y sus móviles.

Unas veces oponiéndose al pacto social o rompiendo el que existía, entregó los habitantes de su país al choque tumultuoso de todas sus discordias; y los Estados disueltos, bajo el nombre de anarquía, fueron atormentados por las pasiones de sus miembros. Otras veces un pueblo celoso de su libertad, habiendo propuesto agentes para administrar, se apropiaron éstos los poderes de que sólo eran depositarios; emplearon los fondos públicos en corromper las elecciones, en atraerse partidarios y en dividir al pueblo; convirtieron su poder temporal en perpetuo; se hicieron hereditarios de electivos que eran, y revuelto el Estado por las intrigas de los ambiciosos, por las liberalidades de los ricos perturbadores, la venalidad de los pobres holgazanes, el empirismo de los oradores, la audacia de los perversos y la debilidad de los virtuosos, se vió ator-

mentado con todas las convulsiones e inconvenientes de la democracia.

En unos países, los jefes iguales en fuerzas se temieron; hicieron pactos leoninos, asociaciones infames, y repartiéndose las facultades, los empleos y los honores, se atribuyeron privilegios e inmunidades; se erigieron en cuerpos separados, en clases distintas; avasallaron al pueblo, y, bajo el nombre de aristocracia, se vió el Estado afligido por las pasiones de los grandes y ricos.

En otros países, tendiendo al mismo fin pero por otros medios, ciertos impostores sagrados abusaron de la credulidad de los ignorantes. En la obscuridad de los templos, y tras los velos de los altares, hicieron hablar a los dioses, pronunciaron oráculos, ejecutaron prodigios, ordenaron sacrificios, exigieron ofrendas, prescribieron fundaciones y, bajo título de teocracia y religión, fueron martirizados los Estados por las pasiones de los sacerdotes.

Algunas veces, cansada una nación de sus desórdenes, se dió un solo dueño y se limitó el poder del príncipe, él tuvo por el contrario, deseos de extenderlo, y si lo dejó absoluto, abusó del depósito que se le había confiado; y bajo el nombre de monarquía se vieron despedazados los Estados por las pasiones de los reyes y príncipes.

Aprovechándose entonces algunos facciosos del descontento, lisonjearon al pueblo con la esperanza de un dueño mejor; esparcieron dádivas y promesas; derribaron al déspota para colocarse en su lugar, y sus disputas sobre la sucesión desolaron los Estados con los desórdenes y devastaciones de las guerras civiles.

Al fin, entre estos rivales, uno más hábil o más



afortunado, reconcentró en sí el poder; por un fenómeno raro, un hombre solo avasalló millones de semejantes contra su voluntad, y el arte de la tiranía nació también de la ambición. Observando el espíritu de egoísmo que sin cesar divide a los hombres, supo el ambicioso fomentarle: lisonjeó la vanidad de unos, excitó la envidia de otros, la avaricia de éste, el resentimiento de aquél, irritó las pasiones de todos; oponiendo entre sí los intereses o las preocupaciones, sembró las discordias y los rencores; prometió al pobre el despojo del rico, al rico el avasallamiento del pobre; amenazó a un hombre con otro, a una clase con otra, y aislando a los ciudadanos por medio de la desconfianza, formó fuerza de su debilidad y les impuso un yugo de opinión, cuyos nudos se estrecharon mutuamente. Con el ejército, se apoderó de las contribuciones; con éstas dispuso de aquél, y por medio del resorte poderoso de las riquezas y de los empleos encadenó a todo un pueblo con un lazo indisoluble, y los Estados cayeron en la lenta consunción del despotismo.

Así un mismo móvil que variaba su acción bajo todas las formas, atacó sin cesar la consistencia de los Estados, y de un círculo eterno de vicisitudes nació un eterno círculo de pasiones.

Este espíritu constante de egoísmo y usurpación engendró dos efectos funestos: uno fué dividir las sociedades en fracciones, produciendo su debilidad y facilitando su disolución; otro, tendiendo a concentrar el poder en una mano, absorbió sociedades y Estados en perjuicio de su tranquilidad y de su existencia.

Lo mismo que en un Estado, habia absorbido un partido a la nación, una familia el partido y un indivi-

duo la familia, se estableció de Estado a Estado un movimiento de absorción que desplegó en grande en el orden político todos los males particulares del orden civil. Y habiendo subyugado una ciudad a otra, la hizo dependiente, y compuso una provincia; y dos provincias, una vez absorbidas, formaron un reino; en fin, de dos reinos conquistados se vieron nacer imperios de una extensión inmensa; y en esta aglomeración ilimitada, lejos de crecer la fuerza interna de los Estados en razón de su masa, disminuyó; y en vez de hacerse más dichosa la suerte de los pueblos, se hizo más infeliz por razones que derivaban de la naturaleza de las cosas.

Porque haciendo los Estados más complicada y espinosa su administración a medida que se extienden, fué preciso dar más actividad al poder, y desapareció la proporción entre los deberes de los soberanos y sus facultades.

Porque los déspotas, conociendo su debilidad, temieron todo lo que desarrollaba la fuerza de las naciones e hicieron un estudio particular para debilitarla.

Porque desunidas las naciones por las preocupaciones, los odios favorecieron la perversidad de los gobiernos. Porque, roto el equilibrio de los Estados, los fuertes oprimieron a los débiles.

En fin, porque a medida que los Estados se concentraron, los pueblos, privados de sus leyes, de sus usos y de los gobiernos que les convenían, perdieron aquel espíritu de personalidad que determinaba su energía. Y considerando los déspotas a los imperios como dominios y a los pueblos como propiedades, se entregaron a los robos y desórdenes más arbitrarios.

Y todas las fuerzas y riquezas fueron aplicadas a



gastos particulares, a caprichos personales; y los reyes, en el hastío de su saciedad, se entregaron a todos los gustos facticios y depravados; necesitaron pensiles o jardines levantados sobre bóvedas, ríos elevados sobre montañas; cambiaron las fértiles campiñas en parques y bosques de caza; formaron lagunas en parajes secos, alzaron peñascos en los lagos, hicieron construir palacios de mármol y pórfido, quisieron muebles de oro y de diamantes. Bajo pretexto de religión fundó templos, edificó para vanos esqueletos extravagantes tumbas, mausoleos y pirámides. Durante reinados enteros, emplearon millones de brazos en los trabajos más estériles, e imitando los parásitos el lujo de los príncipes, y transmitiéndolo hasta las últimas clases, vino a ser un manantial inagotable de corrupción y empobrecimiento.

Y no bastando en la sed de los deleites, los tributos, se aumentaron sin medida; y viendo el labrador sus afanes sin ninguna recompensa, perdió el ánimo; y observando el comerciante que se le despojaba del fruto de sus fatigas, se hastió de su industria; y condenada la multitud a sufrir las angustias de la pobreza limitó su trabajo a lo indispensable, y se anonadó toda actividad productiva.

Estos sobrecargos hicieron onerosa la posesión de las tierras; el humilde propietario abandonó su campo o lo vendió al poderoso, y los bienes se reunieron en pocas manos. Y favoreciendo todas las leyes y las instituciones esta acumulación, se dividieron las naciones entre un grupo de ociosos opulentos y una multitud de mercenarios. El pueblo, indigente, se envileció; los grandes, saciados, se depravaron; y decreciendo el número de los interesados en la conserva-

ción del Estado, su fuerza y su existencia se hicieron más y más precarias.

Como no se ofreciese a la emulación objeto alguno de utilidad, ni al saber ningún estímulo, cayeron los ánimos en una ignorancia profunda.

Y la administración secreta y misteriosa que fundó el despotismo produjo la imposibilidad de reforma ni mejoramiento; y como los jefes regían por la violencia y el fraude, los pueblos sólo vieron en ellos una facción de enemigos públicos, y desapareció toda armonía entre gobernantes y gobernados.

Y habiendo enervado estos vicios los Estados del Asia opulentísima, los pueblos vagabundos y pobres de los desiertos y de los montes codiciaron los goces de las llanuras fértiles; y estimulados por la avaricia, atacaron a los imperios civilizados y derribaron los tronos de los déspotas, y estas revoluciones fueron rápidas y fáciles, porque la política de los tiranos había afeminado a los súbditos, arrasado las fortalezas y destruído los guerreros, y los vasallos anonadados no sentían ya los estímulos del interés personal ni los soldados mercenarios los impulsos generosos del valor.

Y como enjambres de salvajes habían reducido a la esclavitud a naciones enteras, los imperios formados de un pueblo conquistador y de un pueblo conquistado reunieron en su seno dos clases esencialmente opuestas y enemigas. Disolvieron los principios de la sociedad; ya no hubo interés común ni espíritu público, y se estableció una distinción de castas y razas que redujo a sistema regular la persistencia del desorden; y según su nacimiento, era el hombre siervo o tirano, propietario o mueble.



Y siendo los opresores menos que los oprimidos, fué preciso perfeccionar la ciencia de la opresión para sostener este falso equilibrio. El arte de gobernar se redujo al de someter el mayor número de hombres al menor. Para lograr una sumisión tan contraria al instinto, fué preciso establecer los castigos más severos; y la crueldad de las leyes hizo las costumbres atroces. Y como la distinción de personas estableció en los estados dos códigos, dos justicias y dos derechos, puesto el pueblo entre las inclinaciones de su corazón y el juramento de su boca, tuvo dos conciencias contradictorias; y las ideas de lo justo y de lo injusto no hallaron base en su entendimiento.

Bajo tal régimen, los pueblos sucumbieron en el desfallecimiento y la desesperación; y unidos los accidentes de la naturaleza a los males que los afligían, atribuyeron sus causas a potencias ocultas, y porque tenían tiranos en la tierra supusieron que los había en el cielo, agravando así la superstición las desgracias de las naciones.

Así nacieron las doctrinas funestas y los sistemas de religión atrabilarios y misantrópicos que pintaron a los dioses como malos y déspotas. Y para calmarlos, les ofreció el hombre el sacrificio de sus placeres, imponiéndose privaciones, y trastornó las leyes de la Naturaleza. Tomando por crímenes sus deleites y por expiaciones sus sufrimientos, quiso amar el dolor y abjurar el amor de sí mismo; mortificó sus sentidos, detestó su vida; y una moral abnegativa y antisocial sumergió las naciones en la indolencia y la muerte.

Mas como la sabia Naturaleza había dotado el corazón del hombre de una esperanza inagotable, viendo que la felicidad engañaba sus deseos en la tierra, fué

a buscarla en otro mundo; lisonjeándose con una dulce ilusión, imaginó otra patria, otro asilo, donde, lejos de los tiranos, recuperase los derechos de su ser; y resultó de ahí un nuevo desorden. Pues que, encantado con un mundo imaginario, despreció el de la Naturaleza, y por esperanzas quiméricas la realidad. Consideró la vida como un tránsito penoso, como un sueño trágico; su cuerpo como una prisión y la tierra como un lugar de destierro y de peregrinación, que no se dignó cultivar. Entonces se estableció una ociosidad sagrada; se abandonaron los campos, se multiplicaron los baldíos, se quedaron yermos los imperios, y los monumentos se vieron descuidados; en fin, por todas partes la ignorancia, la superstición y el fanatismo multiplicaron las devastaciones y las ruinas.

Agitados por sus pasiones, los hombres, siempre imprudentes y codiciosos, pasando de la esclavitud a la tiranía, del orgullo a la bajeza y de la presunción al desaliento, han sido ellos mismos los eternos instrumentos de sus infortunios.

Y he aquí por qué móviles sencillos y naturales se dirigió la suerte de los Estados antiguos y se levantaron o abatieron, según que las leyes físicas del corazón humano fueron observadas o desatendidas; y cien pueblos diversos, cien imperios alternativamente abatidos, poderosos y destruídos, han ofrecido a la tierra lecciones instructivas. Pero estas lecciones son perdidas para las generaciones subsiguientes. Los desórdenes pasados han vuelto a aparecer entre los pueblos actuales; los jefes de las naciones han continuado por las sendas de la tiranía y la impostura, y los pueblos extraviándose entre las tinieblas de las supersticiones y la ignorancia.



Y bien —añadió el Genio—; pues que la experiencia de los tiempos pasados no sirve a los actuales, pues que las faltas de los progenitores no han instruído a sus descendientes, los ejemplos van a repetirse y la tierra verá renovarse las escenas terribles de las épocas olvidadas. Nuevas resoluciones van a agitar pueblos e imperios. Los Tronos más poderosos serán de nuevo destruídos, y las catástrofes más terribles recordarán a los hombres que no quebrantan en vano las leyes de la Naturaleza, de la Sabiduría y de la Verdad.

## XII

### Lecciones de los tiempos pasados, repetidas en los tiempos presentes

Así habló el Genio... Y yo, asombrado de la exactitud y coherencia de todo su discurso, acometido de una multitud de ideas, quedé absorto en silencio profundo... Pero mientras tenía fija la vista sobre Asia, con aire triste y meditador, repentinamente y del lado del Norte, hacia las orillas del Mar Negro, y en los campos de Krimea atrajeron mi atención unos torbellinos agitados de llamas y humo. Parecían elevarse de toda la península; y después, habiendo pasado por el istmo hacia el continente, corrieron toda la longitud del lago cenagoso de Azof, cual si los impeliése un viento del Oeste, y fueron a desvanecerse en las verdes llanuras del Kouban. Considerando la marcha de estos torbellinos, noté que les precedían o seguían pelotones de seres que, como hormigas o langostas turbadas por el pie del caminante, se agitaban con ligereza; a veces parecía que marchaban unos contra otros y que pugnaban entre sí, quedando muchos sin movimiento al primer choque... ¿Ves—me dijo el Genio—

esos fuegos que recorren la tierra, y comprendes sus efectos y sus causas? ¡Oh, Genio! —respondí—. Veo columnas de llamas y de humo y una especie de insectos en medio; pero cuando apenas distingo las masas de ciudades y monumentos, ¿cómo podré discernir tan diminutos vivientes? Solamente podría decir que esos insectos simulan combates porque van y vienen, se chocan y persiguen. No los simulan —dijo el Genio—, sino que los ejecutan. ¿Y quienes son—pregunté—esos animalitos inquietos que se destruyen? ¿No perecerán demasiado pronto esos seres efímeros, que apenas viven un día?... Entonces el Genio me dijo: Ve y escucha. Dirigiendo al momento mis ojos sobre los mismos objetos: ¡Ah, desdichados! —esclamé sobrecogido de dolor—. ¡Esas columnas de fuego, esos insectos, ¡oh, Genio, son hombres! Esos son los estragos horribles de la guerra... Esos torrentes de llamas y humo salen de pueblos y aldeas. Ya veo los jinetes que los encienden y que, sable en mano, recorren la campiña; delante veo huir despavoridas turbas de niños, ancianos y mujeres. Observo otros soldados que los acompañan, llevando una lanza a sus espaldas. Reconozco por sus caballos, sus kalpacos y su mechón de pelo que son los tártaros, y sin duda aquellos que los persiguen, cubiertos de un sombrero triangular y vestidos de uniformes verdes, son los moscovitas... ¡Ah! ¡Ya lo entiendo! Acaba de encenderse la guerra entre el imperio de los zares y el de los sultanes. Todavía no —replicó el Genio—; esto no es más que un preliminar. Estos tártaros han sido vecinos molestos y se libran de ellos; su país parece muy bueno, y se redondean ocupándolo, y para preludio de otra revolución se ha destruído el trono de los Guerais.



En efecto; ví los pendones rusos flamear sobre Krima y su pabellón desplegarse sobre el Ponto Euxino.

Mas a los gritos del tártaro fugitivo se conmovió el imperio de la Media Luna. «¡Que arrojan a nuestros hermanos! —claman los hijos de Mahoma—. ¡Que ultrajan al pueblo del profeta y los infieles ocupan una tierra sagrada, profanando los templos del Islamismo! Armémonos y corramos a los combates para vengar la gloria de Dios y nuestra propia causa.»

Al instante se siguió un movimiento general de guerra en los dos imperios. Por todas partes se vieron hombres armados, municiones y víveres, y desplegarse con terror el aparato mortífero de los combates. Por una parte, los musulmanes, reunidos ante sus mezquitas, se lavaban manos y pies, se cortaban las uñas y se peinaban la barba; después, extendiendo alfombras sobre la tierra y volviéndose al Mediodía, unas veces con los brazos abiertos y otras cruzados, hacían genuflexiones; y, acordándose de los reverses de la última guerra, gritaban: «Dios clemente, Dios misericordioso, ¿cómo has abandonado a tu pueblo fiel? Tú, que prometiste al profeta el imperio de las naciones y has ensalzado la religión, ¿cómo puedes entregar los verdaderos creyentes al cuchillo de los infieles?» Y los imanes y santones decían al pueblo: «Es en castigo de vuestros pecados, porque coméis tocino, bebéis licores y tocáis las cosas inmundas. Si, Dios os castiga; haced penitencia, purificaos, decid la profesión de fe; ayunad desde la aurora hasta que el sol se ponga; dad el diezmo de vuestros bienes a las mezquitas; id a la Meca, y Dios os hará triunfar.» Y el pueblo, tomando aliento, prorrumplía en gritos espantosos: «No hay sino un Dios, y Mahoma es su profeta: anatema a

cualquiera que no lo crea.» «Dios de bondad —añadía—, concédenos el exterminio de esos cristianos, pues por tu gloria les combatimos, y nuestra muerte es un martirio en honor de tu nombre.» Y ofreciendo víctimas se prepararon para los combates.

Por otra parte, los rusos, de rodillas, clamaban: «Demos gracias a Dios. El ha fortalecido nuestro brazo para humillar a nuestros enemigos. Dios benéfico, escucha nuestros ruegos; para agradarte, pasaremos tres días sin comer carne ni huevos. Concédenos la facultad de exterminar a esos mahometanos impíos y de destruir su Imperio: te daremos el diezmo de los despojos y te elevaremos nuevos templos.» Y los sacerdotes llenaron las iglesias de una nube de humo y dijeron al pueblo: «Rogamos por vosotros, y Dios acepta nuestro incienso y bendice vuestras armas. Continuad ayunando y combatiendo: confesadnos vuestras culpas secretas; dad vuestros bienes a la Iglesia, y os absolveremos de vuestros pecados, y moriréis en gracia.» Al mismo tiempo echaban agua sobre el pueblo, le distribuían huesecitos de muertos para que les sirviesen de amuletos y talismanes; y el pueblo no respiraba sino guerra y furor.

Admirado de este cuadro, y afligido por sus funestas consecuencias, meditaba sobre la dificultad que presentaba al juez común el acceder a súplicas tan opuestas, cuando el Genio, afectado de un movimiento de indignación, exclamó con vehemencia:

«¿Qué acentos de locura ofenden mis oídos? ¿Qué delirio perverso turba el espíritu de las naciones? ¡Cesad, sacrílegas plegarias! ¡Oh, cielos! ¡Repeled con firmeza sus votos homicidas, los holocaustos impíos! ¡Mortales insensatos, así adoráis a la Divinidad! Decid,



¿cómo es posible que Aquel a quien aclamáis padre común reciba homenaje de unos hijos crueles que fieros se degüellan? Vencedores, ¿cómo podrá mirar benigno vuestros brazos manchados con la sangre que engendró? Y vosotros, vencidos, ¿qué esperáis de esos gemidos inútiles? ¿Tiene, Dios, acaso, el corazón de un mortal para tener sus pasiones mudables? ¿Es capaz de las agitaciones de la venganza o la compasión, del furor o el arrepentimiento? ¡Qué idea tan baja os habéis formado del mayor de los seres! Al escucharlos parecería que, extravagante y caprichoso, se enfada Dios o se apacigua como un hombre vulgar; que, alternativamente, ama y aborrece; que castiga o acaricia; que, inconsecuente o pérfido, tiende lazos para hacer sucumbir; que castiga, traidor, el mal que antes consiente; que prevé los crímenes y no quiere impedirlos; que, juez parcial, es fácil corromperlo por medio de presentes; que, déspota imprudente, promulga leyes y luego las revoca; que, tirano feroz, tan pronto da como quita sus gracias sin razón ni justicia, y que sólo se ablanda a fuerza de bajezas... ¡Ah! Ahora conozco la falacia del hombre. Y al ver el cuadro que trazó de la Divinidad, he dicho: «No; no es *Dios el que ha creado al hombre a su imagen: es el hombre el que lo ha representado semejante a la suya*: él le dió su espíritu, le revistió de sus inclinaciones y le ha prestado sus juicios... Y cuando ante la mescolanza se encontró inconsecuente con sus mismos principios, afectando una humildad hipócrita graduó de impotente su razón natural y llamó misterios de Dios a los absurdos de su entendimiento.

Dijo que Dios era inmutable, y le dirigió votos para hacerle mudar. Le llamó incomprendible, y trató

de interpretarle. Levantáronse esos impostores que osaron suponerse confidentes de Dios, y que, erigiéndose en doctores de los pueblos, abrieron el camino de la impostura y de la iniquidad: ellos han atribuído mérito a prácticas indiferentes o ridículas; han erigido en virtud el acto de tomar tales posturas, el de proferir tales palabras y el de articular algunos nombres; han transformado en delito el comer ciertas carnes y el beber ciertos licores en tales días. Un judío moriría primero que trabajar el sábado; un persa preferiría perecer a soplar el fuego con su aliento; un indio coloca la perfección suprema en frotarse con excremento de vaca y en pronunciar misteriosamente Aúm; un musulmán cree haberlo remediado todo lavándose cabeza y brazos, y disputa, sable en mano, si debe comenzarse por el codo o por la punta de los dedos; un cristiano se juzgaría condenado si comiera carne en lugar de pescado. ¡Oh, doctrinas sublimes y celestiales! ¡Oh, perfecta moral de tantas religiones, digna del martirio y del apostolado! Pasaré los mares para enseñar estas leyes admirables a los pueblos salvajes. Les diré: «Hijos de la Naturaleza, ¿hasta cuándo marcharéis por los senderos de la ignorancia? ¿Hasta cuándo desconoceréis los verdaderos principios de la moral y de la religión? Buscad lecciones entre los pueblos piadosos y sabios de los países civilizados; ellos os enseñarán que para agradar a Dios es menester, en cierto mes del año, morir de sed y de hambre; que puede derramarse la sangre del prójimo y purificarse de este crimen haciendo una profesión de fe y una ablución metódica; que puede arrebatarle su bien y ser absuelto repartiéndolo con ciertos hombres que se apresuran a devorarlo.



¡Poder soberano y oculto del Universo! Tú, a quien no conocen los mortales, pero te reverencian; ser incomprendible e infinito; Dios que en la inmensidad de los cielos diriges los mundos y pueblas el espacio de millones de soles, di: ¿Qué te parecen esos insectos humanos que mi vista divisa apenas sobre la tierra? Cuando te ocupas en guiar los astros en sus órbitas inmensas. ¿qué son para ti esos gusanillos que se agitan sobre el polvo? ¿Qué importan a tu grandiosidad sus distinciones de sectas y qué las sutilezas con que se atormenta su locura?

Y vosotros, hombres crédulos, mostradme la eficacia de vuestras prácticas. Después de tantos siglos, ¿qué han cambiado vuestras necias recetas en las leyes constantes de la Naturaleza? ¿El sol ha brillado más? ¿Es otro el curso de las estaciones? ¿La tierra es más fecunda, los pueblos son más dichosos? Si Dios es bueno, ¿cómo pueden agradarle vuestras penitencias? Si es infinito, ¿qué agregan vuestros homenajes a su gloria? Si sus decretos lo han previsto todo, ¿los cambian por ventura vuestras plegarias? ¡Responded, hombres inconsecuentes!

Vosotros, vencedores: ¿en qué pensáis servir a Dios? ¿Necesita vuestro auxilio? Si quiere castigar, ¿no tiene los temblores de tierra, los volcanes y el rayo? ¿Y el Dios clemente no sabe corregir si no extermina?

Vosotros, musulmanes: si Dios os castiga porque violáis cinco preceptos, ¿cómo favorece a los francos, que se burlan de ellos? Si por el Koran gobierna la tierra, ¿sobre qué principios juzgó a las naciones anteriores al profeta, a tantos pueblos que bebían vino, que comían tocino, que no iban a la Mekka, y a los

cuales les fué, no obstante, permitido elevar imperios poderosos? ¿Cómo juzgó a los sabeos de Nínive y de Babilonia; al persa adorador del fuego; al griego y al romano, idólatras; los antiguos reinos del Nilo y vuestros propios abuelos, árabes y tártaros? ¿Cómo juzga a tantas naciones que desconocen o ignoran vuestro culto, como las castas numerosas de los indios, el vasto imperio de China, las negras tribus de Africa, los insulares del Océano y los pueblos de América?

Hombres presuntuosos e ignorantes; si Dios reuniese todas las generaciones pasadas y presentes, ¿qué serían en ese Océano inmenso esas sectas que se suponen universales del cristiano y musulmán? ¿Cuáles serían los juicios de su justicia sobre la universalidad real de los humanos? En ella es donde vuestro espíritu se extravía en sistemas incoherentes y donde la verdad brilla con evidencia, donde se manifiestan las leyes poderosas y sencillas de la Naturaleza y de la razón; leyes de un motor común y general, de un Dios imparcial y justo, que, para hacer que llueva en un país, no pregunta cuál es su profeta; que hace brillar igualmente sus soles sobre todas las castas de los hombres, sobre el blanco como sobre el negro, sobre el judío como sobre el musulmán, el cristiano como el idólatra; que hace prosperar las mieses donde las manos cuidadosas las cultivan; que multiplica toda nación en que reina el orden y la industria; que hace prosperar todo imperio donde se practica la justicia, el hombre poderoso está ligado por las leyes, el pobre se ve protegido por ellas, el débil vive tranquilo y cada cual goza de los derechos que ha recibido de la Naturaleza y de un contrato formado con equidad.

He aquí los principios por los que son juzgados



los pueblos; he aquí la verdadera religión que rige la suerte de los imperios y gobierna vuestro destino, ¡oh, musulmanes! Preguntad a vuestros antepasados por qué medios fomentaron su fortuna siendo idólatras, pocos y pobres, y vinieron desde los desiertos de Tartaria a acampar en estas ricas regiones. Preguntadles si por el Islamismo, desconocido hasta entonces, vencieron a los griegos y a los árabes, o por el valor, la prudencia y el espíritu de unión, verdaderas potencias del estado social. Entóndes el mismo sultán hacía justicia y vigilaba la disciplina; se castigaba a los jueces prevaricadores y al gobernador concusionario y la multitud vivía desahogadamente; el cultivador estaba libre de las rapiñas del genízaro y los campos prosperaban, los caminos estaban seguros y el comercio esparcía la abundancia. Erais bandidos coligados, pero entre vosotros erais justos; subyugabais los pueblos, mas no los oprimíais. Vejados por sus príncipes, preferían ser vuestros tributarios. ¿Qué me importa—decía el cristiano—que mi señor adore o destruya las imágenes siempre que me haga justicia? Dios juzgará su doctrina en los cielos.

Erais sobrios y sufridos; vuestros enemigos, cobardes y enervados; erais diestros en la guerra; vuestros enemigos habían olvidado sus principios; vuestros jefes eran experimentados, vuestros soldados aguerridos y obedientes; el botín excitaba el ardor; el valor era recompensado, y la cobardía y la indisciplina castigadas; todos los resortes del corazón humano se hallaban en ejercicio; así vencisteis a cien naciones y fundasteis un imperio inmenso.

Pero siguieron otras costumbres, y en los reveses que las acompañaron fueron todavía las leyes de la

Naturaleza las que influyeron. Después de haber devorado a vuestros enemigos, vuestra codicia, siempre agitada, os ha devorado a vosotros. Una vez enriquecidos, os dividisteis para el reparto de lo que teníais que gozar, y se introdujo el desorden en todas las clases de vuestra sociedad. El sultán, embriagado en su grandeza, desconoció sus funciones, y todos los vicios del poder arbitrario se desplegaron. No encontrando obstáculo a sus placeres, se convirtió en un ser depravado, y, como el hombre débil y orgulloso, alejó de sí al pueblo; su voz no pudo guiarle. Ignorante y adulado, desatendió toda instrucción y vino a caer en la más estúpida incapacidad; inepto para los negocios, cargó su peso sobre mercenarios, y le engañaron. Para satisfacer sus pasiones estimuló las ajenas, aumentó sus necesidades y su enorme lujo lo devoró todo; no tuvo bastante con la mesa frugal, los vestidos modestos y las habitaciones reducidas de sus antepasados: para saciar su fausto, fué necesario agotar los mares y la tierra, hacer venir del Polo las pieles exquisitas y del Ecuador los tejidos más ricos: devoró en una sola comida los impuestos de una gran ciudad, y en la manutención de un día las rentas de una provincia. Se rodeó de un enjambre de eunucos, mujeres y satélites. Habiéndole dicho que la virtud de los reyes era la liberalidad y magnificencia, los tesoros del pueblo fueron entregados a los aduladores; a imitación del dueño, los esclavos han querido tener casas suntuosas, muebles, tapices, vasos de oro y plata, y las riquezas del imperio se las ha tragado el serrallo.

Los esclavos y las mujeres vendieron su crédito para satisfacer este lujo desenfrenado, y la venalidad introdujo una depravación general, pues ellos vendie-



ron el favor soberano al visir y éste vendió el imperio; vendieron la ley al cadí y éste vendió la justicia; el templo al imán y éste vendió los cielos; y lográndolo todo por el oro se hizo todo lo posible para obtenerlo, el amigo fué traidor al amigo, el hijo a su padre, el criado a su amo, la mujer a su honor, el mercader a su conciencia, y desaparecieron del Estado la buena fe, las costumbres, la concordia y la fuerza.

Y el bajá, que compró el gobierno de una provincia, procuró sacar todo el partido posible por medio de exacciones exorbitantes y de concusiones de todo género. Vendió la cobranza de los impuestos, el mando de las tropas, la administración de los pueblos. El aduanero desolló al mercader, y el comercio se perdió; el agá robó al cultivador, y el cultivo se disminuyó. El labrador no pudo sembrar por falta de fondos ni pagar los impuestos, y, amenazado con el palo, tuvo que empeñarse; el numerario se escondió por falta de seguridad; el interés fué enorme y la usura del rico agravó la miseria del artesano.

Los accidentes de las estaciones y las sequías hicieron perder las cosechas; pero no por esto hizo el gobierno gracia alguna en la cantidad ni el tiempo de pagar los impuestos, y agobiando esta calamidad a los vecinos de un pueblo, una parte de ellos emigró: y debiendo repartirse las contribuciones entre los pocos que quedaban, se consumó su ruína y la despoblación del país.

Oprimidos muchos pueblos por la tiranía, se sublevaron, y el bajá no lo sintió, pues así pudo hacerles la guerra, allanar sus casas, robar sus muebles, llevarse sus ganados; y cuando el país quedó desierto, dijo: «¡Qué me importa, si me voy mañana!...»

Las tierras quedaron sin brazos, y las lluvias o los torrentes desbordados formaron pantanos, cuyas exhalaciones pútridas, bajo un clima ardiente, produjeron epidemias y pestes, de lo cual se siguió todavía mayor despoblación, miseria y ruína.

¡Oh, quien sería capaz de referir todos los males de este régimen tiránico!... Unas veces los bajás se hacen guerra y las provincias de un Estado se ven devastadas por querellas personales. Otras, por temor a sus tiranos, atraen sobre el pueblo los castigos de su rebelión. Otras asalarían extranjeros por recelo de sus súbditos, y para ganarlos les permiten todo género de vejaciones. Aquí promueven una causa a un hombre rico y le despojan de sus bienes bajo un falso pretexto; allí se valen de testigos falsos o imponen una contribución por un delito imaginario; en todas partes excitan el odio de las sectas, provocan sus delaciones para vejar cuanto pueden, robando y maltratando a las personas; y cuando su avaricia tiene acumuladas todas las riquezas, usando el gobierno de perfidia y fingiendo desagraciar al pueblo oprimido, atrae a sí sus despojos con los del culpable y derrama inútilmente la sangre por un crimen de que es cómplice.

¡Oh, perversos monarcas o ministros, que así sacrificáis la vida y los bienes de los pueblos! ¿Sois vosotros, acaso, los que habéis dado el aliento al hombre para quitárselos? ¿Hacéis nacer los productos de la tierra para disiparlos? ¿Os fatigáis en labrar los campos? ¿Sufrís el ardor del sol, el afán de la sed, al segar las mieses y trillarlas? ¿Trasnocháis en el campo raso como el pobre pastor? ¿Atravesáis los desiertos como el activo mercader? ¡Ah! Cuando he visto la crueldad y el orgullo de los poderosos, indignado, he



dicho: «¡Y qué! ¿No se levantarán sobre la tierra hombres que venguen a los pueblos y castiguen a los tiranos? ¿Un pequeño número de bandidos devora a la multitud y ésta se deja devorar? ¡Oh, pueblos envilecidos, desconocéis vuestros derechos! Toda autoridad viene de vosotros; todo poder es vuestro. En vano los reyes os mandan en nombre de Dios y en nombre de su lanza; soldados, permaneced inmóviles; pues que Dios sostiene a los sultanes, vuestro socorro debe ser inútil; pues que su espada les basta, para nada necesitan de la vuestra; veamos de este modo lo que pueden por sí propios... Pueblos, sabed que aquellos que os gobiernan son vuestros jefes y no vuestros señores; administradores y no propietarios; que no tienen autoridad sobre vosotros, sino por vosotros y por vuestro beneficio; que vuestras riquezas son vuestras y ellos responsables; que reyes o vasallos, a todos los ha hecho Dios iguales y que ninguno de los mortales tiene derecho a oprimir a sus semejantes.

Pero esta nación y sus jefes han desconocido estas santas verdades... Pues bien: ellos sufrirán las consecuencias... La sentencia está pronunciada, y se acerca el día en que el colono se desplomará bajo su mole. Sí; yo lo juro por las ruinas de tantos imperios destruidos; el de la Media Luna sufrirá la suerte de los Estados que imita. Un pueblo extranjero echará a los sultanes de su metrópoli y el trono de Orkan será destruido. Entonces, privada de su jefe, la horda de los Ogucianos se dispersará como la de los Nogais; y libres del yugo, los pueblos del imperio recuperarán sus antiguas distinciones; y sucederá una anarquía como en el imperio de los Sophis, hasta que aparezcan entre los árabes, los armenios o los griegos legisladores que

rehagan sus Estados... ¡Oh, si se hallasen sobre la tierra hombres profundos y atrevidos, qué elementos de grandeza y de gloria no podrían encontrar!... Pero ya suena la hora del Destino. El grito de la guerra hiere mis oídos y la catástrofe va a comenzar. En vano opone el sultán sus armas, pues son batidos y dispersados sus soldados ignorantes; en vano llama a sus vasallos, que responden: «Así está escrito. ¿Qué importa que sea otro nuestro dueño si no podemos perder en mudarle?» En vano invocan al cielo y al profeta los verdaderos creyentes, pues el profeta murió y el cielo despiadado les responde: «Cesad de invocarnos; vosotros habéis ocasionado vuestros males, curaoslos. La Naturaleza ha establecido leyes y a vosotros os toca practicarlas; observad, raciocinad, aprovechad la experiencia. Lo que pierde al hombre es su locura, y la sabiduría, lo que salva. Los pueblos son ignorantes: que se instruyan; sus jefes son perversos: que se mejoren y corrijan, porque tal es el decreto de la Naturaleza; y como los males de las sociedades provienen de la codicia y la ignorancia, los hombres no cesarán de verse atormentados hasta tanto que sean ilustrados y sabios.»

### XIII

#### ¿Se mejorará la especie humana?

Al terminar estas palabras, me sentí oprimido por el dolor que me causó su severidad, y exclamé, anegado en llanto: «¡Desgraciadas de las naciones! ¡Desgraciado de mí mismo! ¡Ay! Ahora es cuando desespe-



ro de la felicidad del hombre. Pues que sus males proceden de su corazón, pues que él es el único que puede remediarlos, ¿quién podrá poner freno a la codicia del poderoso? ¿Quién ilustrará la ignorancia del débil? ¿Quién instruirá a la multitud en sus derechos y obligará a los jefes a cumplir sus deberes? La generación del hombre está condenada para siempre a padecer. El individuo no dejará de oprimir al individuo, una nación de atacar a otra, y nunca renacerán los días de gloria y prosperidad. ¡Ay de mí! Vendrán conquistadores, arrojarán a los opresores, se establecerán en su lugar; pero sucediéndoles en su poder, les sucederán también en su rapacidad; la tierra cambiará de tiranos sin haber cambiado de tiranía.»

Entonces, volviéndome hacia el Genio, le dije: «¡Oh, Genio! La desesperación se ha apoderado de mi alma: el conocimiento de la naturaleza del hombre; la perversidad de los que gobiernan y el envilecimiento de los gobernados, me hacen enojosa la vida; ¿qué queda al hombre virtuoso sino reunir sus cenizas con las de las tumbas cuando no cabe elección sino entre ser cómplice o víctima de la opresión?»

El Genio calló, mirándome con severidad, mezclada de compasión; y al cabo dijo: «¿Luego en morir consiste la virtud? ¿El hombre perverso ha de ser infatigable en consumir el crimen, y el justo ha de arrojarse al primer obstáculo?... Pero tal es el corazón humano: un buen suceso le llena de confianza: un revés le abate y le consterna; entregado a las sensaciones del momento, no juzga de las cosas por su naturaleza, sino por la vehemencia de su pasión. Hombre que desesperas del género humano, ¿sobre qué cálculo profundo de hechos y raciocinios has fundado

tus decisiones? ¿Has investigado la organización del ser sensible para determinar con exactitud si los móviles que le conducen a la felicidad son esencialmente más débiles que los que le alejan de ella? ¿Te has asegurado de que es imposible que progrese, cuando has visto la historia de la especie humana y juzgado lo futuro por el ejemplo de lo pasado? ¿No han dado las sociedades desde el origen algún paso hacia su instrucción y mejoramiento? ¿Se hallan todavía los hombres en los bosques, faltos de todo, ignorantes, feroces y estúpidos? ¿Se encuentran las naciones en los tiempos en que no se veían sobre el globo más que bandidos y esclavos? Si en algún tiempo y en algunos parajes se han mejorado los individuos, ¿por qué la totalidad no podrá mejorarse? Si se han perfeccionado algunas sociedades particulares, ¿por qué no la sociedad en general? Y si se han vencido los primeros obstáculos, ¿por qué los otros serán insuperables? Guárdate de la ilusión y las paradojas del misántropo; el hombre, descontento de lo presente, atribuye a lo pasado una perfección falsa, que no es más que la máscara de su tristeza. Elogia a los muertos en odio a los vivos, y golpea a los hijos con los huesos de sus padres.

»Para demostrar una supuesta perfección retrógrada, sería preciso desmentir el testimonio de los hechos y de la razón; sería forzoso probar que el hombre nace con el uso expedito de todos sus sentidos; que sabe distinguir el veneno del alimento sin el auxilio de la experiencia; que el niño es más cuerdo que el viejo, el ciego más seguro en sus pasos que el que tiene vista de lince; que el hombre civilizado es más infeliz que el antropófago; en una palabra, que no existe es-



cala alguna progresiva de experiencia y de instrucción.

»Joven inexperto, cree la voz de los sepulcros y el testimonio de los monumentos; es cierto que algunos países han decaído de lo que fueron; pero si el espíritu sondease lo que constituyó entonces la sabiduría y la felicidad de sus habitantes, hallaría que hubo en su gloria mucho esplendor y poca solidez; que aun en los Estados antiguos más ponderados existieron abusos crueles y vicios enormísimos, de donde provino su fragilidad; que, en general, las constituciones de los Gobiernos eran atroces; que reinaban entre los pueblos principios abominables de rapacidad, guerras bárbaras, odios implacables; que se desconocía el derecho natural; que la moralidad se hallaba pervertida por un fanatismo insensato, por unas supersticiones miserables; que cualquier sueño, visión u oráculo producía a cada instante funestísimas conmociones; y que, aun cuando no se hayan curado completamente los pueblos de tantos males, ha disminuído mucho su intensidad, y la experiencia de lo pasado no se ha perdido para lo futuro. Sobre todo, las luces se han extendido y propagado de tres siglos a esta parte: la civilización ha hecho progresos muy notables; los inconvenientes mismos y los abusos han sido ventajosos; porque, si las conquistas han dilatado demasiado los Estados, los pueblos reunidos bajo un mismo yugo han perdido aquel espíritu de aislamiento y de división que los hacía enemigos; si los poderes se han reconcentrado, han admitido en su administración más unidad y armonía; si las guerras se han hecho más universales; sus efectos han sido menos destructores; verdad es que no han sido tan libres, pero también han sido menos turbulentos, más dóciles y pacíficos. Hasta el

despotismo les ha favorecido a veces, porque si los Gobiernos han sido más absolutos, han sido menos inquietos y borrascosos; si los tronos se han convertido en propiedades, este mismo título de herencia ha excitado menos discusiones, y los pueblos han sufrido menos sacudimientos; la esfera de las ideas se ha engrandecido; entregado el hombre a los estudios abstractos, ha conocido mejor el destino que le indicaba la Naturaleza y sus relaciones en la sociedad: se ha discutido mejor los principios; se han conocido más bien sus fines; se han esparcido más las luces, se han instruído mejor los individuos, han sido las costumbres más sociales y la vida más dulce; la especie humana, en general, ha ganado infinito, y no puede menos de hacer progresos notables, porque han desaparecido los dos obstáculos principales que lo habían hecho tan lento; la dificultad de transmitir y comunicar rápidamente sus ideas.

»Entre los antiguos pueblos, cada ciudad estaba aislada de las demás por la diferencia del idioma, y de aquí resultaba un caos favorable a la ignorancia y la anarquía. No había comunicacion de ideas, ni de inventos, ni armonía de intereses, de voluntades, ni unidad de acción y conducta; además, todos los medios de esparcir y transmitir las ideas se reducían a la palabra fugitiva y limitada, y a escritos de larga ejecución, tan dispendiosos como raros; seguíase el impedimento de toda instrucción, la pérdida de las experiencias de una en otra generación y la perpetuidad del caos y de la infamia social.

»Al contrario, en el Estado moderno, sobre todo en Europa, habiendo contraído una especie de alianza naciones muy considerables por la identidad del idioma,



se han establecido comunidades de opinión, se han reunido los espíritus, y los corazones se han dilatado, y ha podido haber concordancia de ideas y unidad de acción. Posteriormente, un arte divino, un don sagrado del ingenio, la imprenta, ha facilitado los medios de comunicar una idea a millones de hombres y fijarla de un modo estable, sin que el despotismo de los tiranos pueda destruirla; así se ha formado una masa progresiva de instrucción; una atmósfera creciente de luces, que aseguran sólidamente para lo sucesivo su mejoramiento. Y este mejoramiento es efecto necesario también de las leyes de la Naturaleza; a causa de que por la ley de la sensibilidad el hombre tiende tan invenciblemente a ser dichoso como el fuego a subir, la piedra a gravitar y el agua a nivelarse. El obstáculo único es su ignorancia, que le extravía en los medios y le engaña en los efectos y causas. A fuerza de experiencia se instruirá; a fuerza de errores se corregirá; y será prudente y bueno, porque tiene interés en serlo; comunicándose en una nación las ideas de unas clases a otras la instrucción será general, y vulgar la ciencia; y todos los hombres conocerán los principios de la felicidad pública, sus relaciones, sus derechos y sus deberes en el orden social; conocerán que la moral es una ciencia física, compuesta de elementos complicados, pero sencillos e invariables en su naturaleza, porque son elementos de la organización del hombre. Comprenderán también que deben ser moderados y justos, porque en esto estriba la ventaja y la seguridad de cada uno; pues querer gozar a expensas de otro es un cálculo falso de ignorancia, porque de ella resultan las represalias, los odios, las venganzas y la falta de probidad.

»Los particulares conocerán que su propia dicha está ligada a la de la sociedad.

»Los débiles, que, lejos de separar sus intereses, deben unirlos, porque la igualdad constituye su fuerza; los ricos, que la naturaleza de los placeres está limitada por la constitución de los órganos, y que el fastidio sigue inmediatamente a la saciedad; el pobre, que sólo en el empleo del tiempo y en la paz del corazón consistió el más alto grado de la felicidad del hombre, y alcanzando la opinión pública basta los reyes sobre sus tronos, los obligará a contenerse en los límites de una autoridad regular.

»El mismo azar, al servicio de las naciones, les dará ya jefes ineptos que por debilidad las dejarán hacerse libres, ya jefes ilustrados que por virtud las liberrarán.

»Y cuando existan sobre la tierra cuerpos de naciones ilustradas y libres, sucederá a la especie lo que a sus elementos; la comunicación de las luces de una parte se extenderá de uno a otro, hasta ganar el todo. Por la ley de la imitación, el ejemplo de un pueblo se seguirá por los otros y adoptarán su espíritu y sus leyes. Los déspotas mismos, viendo que no pueden mantener su poder sin la justicia y la beneficencia, suavizarán su conducta por necesidad y por emulación, y se civilizarán generalmente los hombres.

»Entonces se establecerá entre los pueblos un equilibrio de fuerzas que, conteniéndolos en el respeto de sus derechos recíprocos, hará cesar los bárbaros usos de la guerra, y someterá a medios o pactos civiles el juicio de sus desavenencias; y la especie entera se convertirá en una gran sociedad, una gran familia, que gozará de toda la felicidad de que es capaz la sociedad humana. Esta gran operación será larga, sin duda,



porque es preciso que un mismo movimiento se propague en un cuerpo inmenso; que una misma levadura asimile una masa enorme de partes heterogéneas; pero, en fin, se verificará; ya se anuncian sus presagios. Ya se ve que, recorriendo en su marcha la gran sociedad los mismos trámites que las sociedades particulares, tiende a los mismos resultados. Disuelta al principio en todas sus partes, vió sus miembros por mucho tiempo sin coherencia y el aislamiento de los pueblos formó su edad de infancia y de anarquía; dividida después por la casualidad en secciones irregulares de Estados y de reinos, experimentó los extremos funestos de la extremada desigualdad de las riquezas y de las condiciones; y la aristocracia de los grandes imperios formó su segunda edad; posteriormente estos grandes privilegiados se disputaron el predominio, y siguió el período del choque de las pasiones. Pero al presente, cansados los partidos de sus discordias y conociendo la necesidad de las leyes, suspiran por la época del orden y la paz. Que se manifieste ese jefe virtuoso, que aparezca ese pueblo fuerte y justo, y la tierra lo levantará hasta el poder supremo: ese pueblo legislador es deseado, es llamado; mi corazón lo anuncia... Y volviendo la cabeza a Occidente: «Sí, continuó; ya un ruido sordo llega a mis oídos; un grito de libertad, pronunciado sobre climas distantes, ha resonado en el mundo antiguo. A este grito se levanta un murmullo secreto, en un gran pueblo, contra toda opresión; sorprendido de su debilidad, busca solícito cuáles son sus derechos, cuáles sus medios, y examina la conducta de sus gobernantes. Esperemos un día, una reflexión... y se verá nacer un movimiento inmenso y aparecer un siglo nuevo; siglo de admiración

para las almas vulgares, de sorpresa y de espanto para los tiranos, de libertad para un gran pueblo y de esperanza para toda la tierra.»

#### XIV

### El gran obstáculo para la perfección

Calló el Genio... Pero inquieto mi espíritu por tristes reflexiones, rebelde a la persuasión, y temiendo ofenderle con esta resistencia, guardé silencio... Después de algún tiempo, clavando en mí la mirada penetrante: «Callas, dijo, ¡y tu corazón está agitado por sentimientos que no se atreve a exteriorizar!» Turbado y perplejo respondí: «¡Oh, Genio sagacísimo!, te ruego que perdones mi debilidad; sin duda tu boca no puede proferir sino la verdad pura; mas tu celestial inteligencia me comprende. Lo confieso: la convicción no ha penetrado en mi alma, y he creído que mis dudas podrían ofenderte.»

«¿Y qué tiene la duda, respondió, que pueda hacerle criminal? ¿Es dueño el hombre de sentir de otro modo de como está afectado?... Si una verdad es palpable, compadezcamos al que la desconoce; su castigo provendrá de su obcecación. Pero si es equívoca, ¿cómo podrá hallarse el carácter que no tiene? Creer sin evidencia, sin demostración, es acto de ignorancia y tontería: el crédulo se pierde en un laberinto de inconsecuencias; el sensato examina, discute, a fin de estar de acuerdo con sus opiniones; y el hombre de buena fe sufre la contradicción, porque ella sola es



la que hace descubrir la evidencia; violentar es propio de la mentira; obligar a creer es indicio de tiranía.»

Animado con estas palabras, dije al Genio: «Pues que mi corazón es libre, puedo indicarte que me esfuerzo en vano en confiar en la esperanza con que pretendes consolarla; el alma sensible y virtuosa cede fácilmente a las ilusiones de la felicidad; pero al punto la desengaña una realidad cruel, haciéndola sentir dolor y miseria. Cuanto más medito sobre la naturaleza del hombre y examino el estado de las sociedades, menos posible creo un mundo sabio y feliz. Recorro nuestro hemisferio, y en parte alguna veo el germen de una revolución dichosa. Asia está sumergida en las más profundas tinieblas. El chino, regido por el despotismo del palo y por la suerte de los dados, encadenado por el vicio radical de una lengua y de una escritura mal construída, no me ofrece en el aborto de su civilización sino un pueblo autómatas. El indio, abrumado de preocupaciones, sujeto con los lazos sagrados de sus castas, vegeta en apatía incurable. El tártaro, errante o fijo, siempre estúpido y feroz, vive en la misma barbarie que sus abuelos. El árabe, dotado de genio felicísimo, pierde el fruto de sus virtudes naturales en la anarquía de sus tribus. El africano, degradado hasta la condición de hombre, parece estar entregado para siempre a la humillante esclavitud. En el Norte no veo más que siervos envilecidos y rebaños de pueblos, de los cuales se burlan los grandes propietarios. En todas partes la ignorancia, la tiranía y la miseria han destruído hasta el instinto de la verdad y de la dicha. Cierto es que en algunos parajes de Europa ha empezado la razón a tomar algún vuelo. ¿Pero en ella misma son acaso comunes a las nacio-

nes que la componen los conocimientos de los particulares? ¿Las luces de los Gobiernos han producido alguna ventaja a los pueblos? Y estos mismos pueblos que se suponen civilizados, ¿no son los que de tres siglos a esta parte llenan la tierra con sus injusticias? ¿No son los que, bajo pretexto de comercio, han devastado la India, despoblado un nuevo continente y sometido Africa a la más bárbara esclavitud? ¿Podrá nacer la libertad del seno de los tiranos? ¿Y se podrá distribuir la justicia por manos codiciosas e impuras? ¡Oh, Genio! Yo he visto los países civilizados, y la ilusión de su sabiduría se ha disipado al observarlos; he visto las riquezas acumuladas en pocas manos y la multitud pobre y desnuda; he visto todos los derechos, todos los poderes concentrados en algunas clases y la masa de los pueblos pasiva y precaria; he visto familias de príncipes y no cuerpos de la nación; en fin, he visto que toda la ciencia de los que mandan se reducía a oprimir con prudencia, y por lo tanto me ha parecido irremediable la esclavitud refinada de los pueblos civilizados. Sobre todo, un obstáculo ha fijado mi atención. Dirigiendo mis miradas al globo, lo he visto dividido en veinte sistemas diferentes de cultos; cada nación ha recibido o se ha formado unas opiniones religiosas contrarias, y atribuyéndose exclusivamente la verdad, cree a las demás en el error. Ahora bien: si el mayor número de los hombres se engaña, aunque de buena fe, se sigue que nuestra inteligencia cree la mentira como la verdad; y entonces, ¿qué medios quedan para descubrirla? ¿Cómo podrá desvanecerse el error una vez apoderado del espíritu? ¿Cómo será posible quitarse la venda, cuando el primer dogma de todas las religiones es la proscripción de la



duda, la prohibición del examen y la negación de su propio raciocinio? ¿Qué hará la verdad para darse a conocer? Si se presenta con las pruebas del raciocinio, el pusilánime recusa el testimonio de su conciencia; si invoca la autoridad de las potencias celestiales, el preocupado le opone una autoridad del mismo género y reputa de blasfemia toda invocación. Así es como los hombres contentos, al parecer, con su ceguera y cargándose voluntariamente de cadenas, se han entregado para siempre indefensos a su ignorancia y sus pasiones. Para libertarse de un cúmulo de trabas tan fatales sería menester un concurso, también inaudito, de felices circunstancias. Sería preciso que, curada una nación entera del delirio de la superstición, fuese inaccesible a los impulsos del fanatismo; que libre del yugo de una falsa doctrina, se impusiese un pueblo el de la verdadera moral y la razón; que fuese al mismo tiempo atrevido y prudente, instruido y dócil; que cada individuo conociese sus derechos y no traspasase sus límites; que el pobre supiese resistir la seducción y el rico la avaricia; que se hallasen jefes desinteresados y justos; que sintiese el pueblo, al recobrar sus derechos, que no puede ejercerlos sino por medio de los órganos que debía elegir; que, elector de sus magistrados, supiese al mismo tiempo censurarlos y respetarlos, y que una nación, en fin, fuese bastante valerosa para conquistar su libertad, bastante instruída para afianzarla, poderosa para defenderla y generosa para transmitirla. ¿Pero tantas condiciones podrán reunirse? Y aun cuando en sus combinaciones infinitas la suerte produjera ésta, ¿tendría yo la dicha de gozarla? ¿O llegará mucho después que estén yertas mis cenizas?»

Mi pecho oprimido no me permitió hablar más... El Genio tampoco me respondió; pero oí que decía en voz baja: «Sostengamos la esperanza de este hombre, porque si el que ama a sus semejantes se desalienta, ¿qué será de las naciones? Pues bien: anticipemos los futuros tiempos; descubramos a la virtud el siglo asombroso que está pronto a nacer a fin de que, a la vista del objeto que desea, se reanime con nuevo ardor y redoble los esfuerzos que debe hacer para lograrlo.»

## XV

### El siglo nuevo

Apenas hubo proferido estas palabras, se oyó del lado de Occidente un gran ruido; y volviendo la vista, percibí a la extremidad del Mediterráneo, en el dominio de una de las naciones de Europa, un movimiento prodigioso y tal como se ve en una vasta ciudad cuando se manifiesta una sedición violenta, y el pueblo se agita y difunde, cual las olas de un mar embravecido, por las calles y las plazas públicas. Heridos al propio tiempo mis oídos por los gritos, distinguí las siguientes frases:

«¿Qué nuevo prodigio es este? ¿Qué plaga cruel y desconocida? Somos una nación poderosa ¡y parece que no tenemos brazos! Poseemos un suelo fertilísimo ¡y carecemos de producciones! Somos activos y laboriosos, ¡y vivimos en la indigencia! Pagamos enormes tributos, ¡y nos dicen que no son suficientes! Estamos



en paz con las naciones vecinas, ¡y nuestros bienes no están seguros! ¿Cuál es el enemigo oculto que nos devora?»

Y algunas voces respondieron: «Levantad un estandarte en torno del cual se reunan todos lo que por medio de útiles trabajos mantienen y conservan la sociedad, y conoceréis el enemigo que os devora».

Levantado, en efecto, el estandarte, se halló esta nación repentinamente dividida en dos cuerpos desiguales: uno, innumerable y casi total, ofrecía en la pobreza general de los vestidos y en los rostros descarnados los indicios de la miseria y del trabajo; el otro, grupo pequeñísimo, fracción imperceptible, presentaba en la riqueza de sus vestidos, cargados de oro y plata, y en la lozanía de sus rostros, los síntomas de la holgazanería y la abundancia.

Y mirando estos hombres con mayor atención, reconocí que el gran cuerpo estaba compuesto de labradores, artesanos, mercaderes y de todas las profesiones laboriosas y estudiosas útiles a la sociedad, y que en el pequeñísimo grupo sólo se encontraban curas y ministros del culto de todas jerarquías, empleados del fisco y de otras varias clases, con uniformes, libreas y otros distintivos; en fin, gentes religiosas, civiles o militares y otros asalariados del Gobierno.

Y hallándose estos dos cuerpos frente a frente y mirándose con admiración, observé que de una parte nacía la cólera y la indignación y de la otra una especie de terror, y el gran cuerpo dijo al más pequeño:

«¿Por qué estáis separados de nosotros? ¿No sois una parte de nosotros mismos?»

«No—respondió el grupo pequeñísimo—: vosotros sois el pueblo; nosotros somos una clase distinguida,

que tenemos nuestras leyes, nuestros usos y nuestros derechos particulares».

El Pueblo.—¿Y de qué trabajo vivís en nuestra sociedad?

La Clase privilegiada.—No hemos nacido para trabajar.

—¿Cómo habéis adquirido tantas riquezas?

—Tomando el cuidado de gobernaros.

—¡Qué decís! Nosotros nos fatigamos, ¡y vosotros gozáis! Nosotros producimos, ¡y vosotros disipáis! Las riquezas provienen de nosotros, pero vosotros las absorbéis. ¿Y a esto llamáis gobernar?... Clase privilegiada, cuerpo distinto que no sois el pueblo, formad vuestra nación separada, y veréis cómo subsistiréis.

Deliberando entonces el pequeño grupo sobre aquel caso nuevo, dijeron algunos hombres justos y generosos: «Nos es preciso unirnos al pueblo y compartir con él las cargas, pues son hombres como nosotros y nuestras riquezas provienen de ellos». Pero otros repusieron con orgullo: «Sería una vergüenza confundirnos con la turba, que ha nacido para servirnos. ¿No somos la raza noble y pura de los conquistadores de este imperio? Recordemos a esa turba nuestros derechos y su origen».

Los Nobles.—¡Pueblo! ¿olvidas que nuestros antepasados han conquistado este país, y que si vuestro origen ha obtenido su salvación fué con condición de servirnos? Ved, pues, nuestro contrato social; ved el Gobierno constituido por el uso y prescrito por el transcurso del tiempo.

El Pueblo.—Origen puro de los conquistadores, manifestadnos vuestra genealogía, y veremos si lo que



en un individuo es robo y rapiña viene a ser virtud en una nación.

Y al instante se oyeron voces en diferentes puntos que llamaban por sus nombres a los nobles; y citando su origen y parientes, nombraban a sus abuelos, bisabuelos y a sus mismos padres, que habían nacido mercaderes y artesanos, y después de haberse enriquecido, sin detenerse en los medios, habían comprado a peso de oro su nobleza: de suerte que un pequeño número de familias era realmente de linaje antiguo. «Mirad, decían, a estos hombres de fortuna, que no reconocen a sus parientes; mirad a estos reclutas plebeyos, que se creen ilustres veteranos». Lo que causó rumor y risa.

Para impedirla, algunos hombres austeros gritaron y dijeron: «Pueblo dulce y fiel, reconoced la autoridad legítima: el rey lo quiere y la Ley lo ordena».

El Pueblo.—Muy bien; pero decidnos qué significa legítima, sino íntima a la ley, escrita en ella. Ahora; si los reyes solos hacen la ley, ellos también se hacen legítimos. Amigos de los reyes, decidles que es sólo legítimo el Gobierno justo; que el sólo justo es el conforme al interés del pueblo, porque el pueblo es el número mayor, que en la balanza pesa más que el pequeño. Oprimir el pueblo, engañarle es usurpación.

Y a esto dijeron los militares: «La multitud no obedece sino a la fuerza; es menester reprimirla. Soldados: castigad a este pueblo rebelde.»

El Pueblo.—¡Soldados: Sois nuestra propia sangre! ¿Seréis capaces de ofender a vuestros hermanos? Si el pueblo perece, ¿quién mantendrá el Ejército?

Y los soldados, bajando las armas, dijeron: «También nosotros somos pueblo; mostradnos el enemigo.»

Al ver esto manifestaron los eclesiásticos que ya no quedaba sino un recurso: aprovecharse de la superstición del pueblo y espantarle con el nombre de Dios y de la religión.

Los sacerdotes.—¡Amados hermanos! ¡Hijos nuestros! Dios nos ha instituído para gobernaros.

El Pueblo.—Mostradnos vuestros poderes celestiales.

—Es menester tener fe: la razón extravía.

—¿Gobernáis sin raciocinar?

—Dios quiere la paz: la religión prescribe la obediencia.

—La paz supone la justicia; la obediencia quiere la convicción de nuestras obligaciones.

—No estamos en este miserable mundo sino para sufrir.

—Pues dadnos ejemplo.

—¿Viviréis sin Dios y sin reyes?

—Queremos vivir sin tiranos.

—Necesitáis mediadores.

—¿Mediadores cerca de Dios y de los reyes, cortesanos y sacerdotes? Gracias; vuestros servicios son demasiado dispendiosos. Nosotros trataremos directamente nuestros negocios.

Entonces el grupo pequeñísimo dijo: «Todo está perdido; la multitud se halla ilustrada.»

Y el Pueblo respondió: «Todo está salvado, porque, ilustrados, no abusaremos de nuestra fuerza ni pretenderemos más que nuestros derechos. Teníamos resentimientos, pero los olvidamos; éramos esclavos, podíamos mandar, y sólo queremos ser libres: y la libertad no es sino la justicia.»



XVI

Un pueblo libre y legislador

Este suceso extraordinario me hizo considerar que todo poder público se hallaba interrumpido, y que, cesando repentinamente el régimen habitual de este pueblo, podía caer en la disolución de la anarquía. Tal idea me llenó de espanto; pero luego reparé que, deliberando sobre su situación, dijo:

«No basta haber sacudido el yugo de los parásitos y de los tiranos; es menester impedir que renazca. Somos hombres, y la experiencia nos ha enseñado la tendencia que tenemos a dominar y a poseer a expensas de los otros. Es preciso, pues, precavernos de una inclinación que fomente la discordia; establecer reglas positivas de nuestras acciones y de nuestros derechos. Ahora bien: el conocimiento de estos derechos, el juicio de estas acciones, son cosas abstractas y difíciles que exigen todo el tiempo y facultades de un hombre. Ocupados en nuestros trabajos, no podemos ocuparnos en semejantes estudios, ni ejercer por nosotros mismos tales funciones. Escojamos, pues, hombres que las desempeñen: deleguémosles poderes para crearnos un gobierno y leyes; constituyámosles representantes de nuestras voluntades e intereses. Y a fin de que sean una representación fiel, elijámoslos numerosos e iguales a nosotros para que la diversidad de nuestras voluntades y de nuestros intereses se encuentre reunida en ellos.»

Así lo hizo; y habiendo escogido el pueblo en su seno el número de hombres que juzgó oportuno, les

dijo: «Hemos vivido hasta ahora en una sociedad formada por el acaso, sin bases fijas, sin convenios libres, sin estipulación de derechos; y han resultado de este estado precario desórdenes y fatalidades. Hoy queremos establecer un contrato regular, y os hemos elegido para extender los artículos: examinad maduramente cuáles deben ser sus bases y condiciones. Investigad con esmero cuál es el fin, cuáles son los principios de toda asociación; conoced los derechos que cada miembro tiene, las facultades que cede y las que conserva; indicadnos reglas y leyes equitativas; estableced un nuevo sistema de gobierno, porque conocemos que han sido muy viciosos los principios que nos han guiado. Nuestros padres han marchado por sendas de ignorancia y la costumbre de seguirlos nos ha extraviado. Todo se ha hecho por violencia, fraude o seducción, y las verdaderas leyes de la moral y la razón están oscurecidas. Desembrollad ese caos, descubrid sus relaciones, publicad su código y nos conformaremos con él.»

El pueblo, entonces, levantó un trono, y haciendo sentar en él a los elegidos, les dijo: «Os levantamos sobre nosotros a fin de que podáis descubrir mejor el conjunto de nuestras relaciones y seáis superiores a toda pasión. Pero acordaos de que sois nuestros semejantes; que el poder que os conferimos es nuestro; que os lo damos en depósito, y no en propiedad o herencia; que habéis de ser los primeros en obedecer las leyes que forméis; que después bajaréis a donde estamos, y que no habréis adquirido otro derecho que el de la estimación y la gratitud. Y reflexionad con qué tributo de gloria no honrará el Universo la primera asamblea de hombres razonables que haya decla-



rado solemnemente los principios inmutables de la justicia y consagrado los derechos de las naciones a la faz de los tiranos, cuando ha reverenciado con tal adulación a tantos apóstoles de la impostura.»

## XVII

### Base universal de todo derecho y de toda ley

Los hombres elegidos por el pueblo para fijar los principios de la moral y de la razón, procedieron a realizar el objeto sagrado de su encargo; y tras largo examen, habiendo descubierto un principio universal y fundamental, se levantó un legislador y dijo al pueblo: «He aquí la base primitiva; el origen físico de toda justicia y todo derecho.

»Cualquiera que sea la potencia activa, la causa motriz que rige el Universo, habiendo dado a todos los hombres los mismos organismos, las mismas sensaciones y necesidades, ha declarado por este hecho que daba a todos los propios derechos al uso de sus bienes, y que todos los hombres son iguales en el orden de la Naturaleza.

»En segundo lugar, resulta evidentemente que habiendo dado a cada uno los medios suficientes para proveer a su existencia, les ha constituido a todos independientes unos de otros, les ha creado libres; de modo que ninguno está sometido a otro; y cada uno es propietario de su ser.

»Así, la igualdad y la libertad son atributos esenciales del hombre, leyes de la Divinidad, constitutivas e irrevocables como las propiedades físicas de los elementos.

»Luego de que todo individuo sea dueño absoluto de su persona, se sigue que la libertad absoluta de su consentimiento es condición inseparable de todo contrato.

»La igualdad y la libertad son, pues, las bases físicas e inalterables de toda reunión de hombres en sociedad y, por consecuencia, el principio necesario y engendrador de toda ley y de todo sistema de gobierno regular.

»Por haber faltado a este principio, se han introducido desórdenes; sólo observándolo, podréis corregirlos y reconstituir una asociación dichosa.

»Pero mirad que resultará una gran sacudida en vuestros hábitos, en vuestras fortunas y preocupaciones. Será preciso disolver contratos viciosos y derechos abusivos; renunciar a distinciones injustas y a falsas propiedades, y entrar por un momento en el estado de la Naturaleza. Mirad si podréis consentir tantos sacrificios».

Pensando en la codicia inherente al corazón del hombre, creí que este pueblo iba a renunciar a toda idea de mejoramiento. Pero al instante se adelantaron una multitud de hombres generosos hacia el trono, y abjuraron todas sus distinciones y todas sus riquezas.

«Dictamos, dijeron, las leyes de igualdad y de libertad; nada queremos poseer en adelante sino por título de justicia.

»Igualdad, libertad, justicia: he aquí en lo sucesivo nuestro código y nuestro estandarte».

Al momento levantó el pueblo una bandera grandísima con estas tres palabras, a las cuales señaló tres colores; y habiéndola plantado sobre la silla del legislador, tremoló la enseña de la justicia universal por



primera vez sobre la Tierra. El pueblo erigió ante este sitio un altar nuevo, sobre el cual colocó una balanza de oro, una espada y un libro con esta inscripción:

A LA LEY IGUAL QUE JUZGA Y PROTEGE

Y habiendo rodeado la silla y el altar de un anfiteatro inmenso, se sentó esta nación en él toda entera para oír la publicación de la ley; millones de hombres levantaron los brazos al cielo e hicieron solemne juramento de vivir iguales, libres y justos; respetar sus derechos recíprocos y sus propiedades, y obedecer a la ley y a sus ejecutores legalmente elegidos.

Este espectáculo tan imponente de fuerza y de grandeza, y tan admirable por su generosidad, me conmovió al punto de hacerme derramar lágrimas, y dirigiéndome al Genio exclamé:

«Ahora deseo vivir, pues la esperanza me reanima».

## XVIII

### Espanto y conspiración de los tiranos

Apenas resonó sobre la Tierra este clamor solemne de igualdad y libertad, se produjo sorpresa y turbación en el seno de las naciones; por una parte empezó la multitud a agitarse, indecisa, entre el temor y la esperanza, entre el conocimiento de sus derechos y la costumbre de arrastrar sus cadenas; por otra, despertados los reyes súbitamente del sueño de la indolencia y del despotismo, temieron ver destruir sus tronos; y en todas partes esas clases de tiranos civiles y religiosos que engañan a los reyes y oprimen a los pueblos,

se vieron sobrecogidos de furor y espanto; y tramando pérfidos designios, prorumpieron:

«¡Desdichados nosotros si el grito funesto de libertad llega a oídos de la multitud, si este espíritu de justicia se propaga!...» Y viendo flamear la brillante bandera, añadieron:

«¿Concebís la multitud de males que se encierran en esas palabras? Si todos los hombres son iguales, ¿dónde están nuestros derechos exclusivos de honor y poder? Si son libres, ¿qué será de nuestros esclavos y nuestras propiedades? Si todos son iguales en el estado civil, ¿dónde están nuestras prerrogativas de nacimiento y herencia? ¿Y qué vendrá a ser la nobleza? Si son todos iguales ante Dios, ¿dónde está la necesidad de mediadores? ¿Qué será del sacerdocio? ¡Ah! Apresurémonos a destruir un germen tan fecundo y contagioso; aterremos a los reyes para que se unan a nuestra causa. Dividamos los pueblos y suscitemosles turbulencias y guerras; ocupémosles con luchas y conquistas, y alarmémosles con el poder de esta nación libre; formemos una gran liga contra el enemigo común; abatamos esa bandera sacrilega; sofoquemos en su origen este incendio de revoluciones.

Y los tiranos formaron una liga: y arrastrando tras sí una multitud forzada o seducida, se dirigieron contra la nación libre, e invadiendo con grandes alaridos el altar y el trono de la ley natural, dijeron:

«¿Qué doctrina nueva y herética es esta? ¿Qué altar impío es este, y qué culto sacrilegio?... ¡Pueblos fieles y creyentes!: ¿cómo podréis persuadiros de que hasta hoy no se ha descubierto la verdad, y habéis seguido las sendas del error, y de que tienen estos hombres el privilegio de ser más sabios que vosotros? Y tú



nación descarriada y rebelde, ¿no ves que tus jefes te engañan, que alteran los principios de vuestra fe y destruyen la religión de vuestros padres? ¡Ah! Temed la cólera del cielo, y apresuraos, por un pronto arrepentimiento, a reparar vuestros errores.»

Pero la nación libre guardó profundo silencio; y manifestándose toda entera armada, conservó una actitud imponente.

Y el legislador dijo a los jefes de los pueblos: «Si cuando marchábamos con una venda en los ojos, la luz alumbraba nuestros pasos, ¿porque huirá de las miradas que la buscan? Si los jefes que prescriben a los hombres ser perspicaces, los engañan y extravían, ¿qué harán aquellos que sólo quieren guiar a ciegos? ¡Jefes de los pueblos! Si poseéis la verdad, hacédnosla ver, la recibiremos con reconocimiento, porque la buscamos de buena fe y nos interesa hallarla. Somos hombres, y podemos engañarnos; pero vosotros lo sois también, y no sois infalibles. Ayudadnos, pues, a desenmarañar este laberinto, en que tantos siglos hace anda la triste humanidad, a disipar la ilusión de tantos errores y tan viciosos hábitos. Terminemos en un día los combates eternos del error; establezcamos entre él y la verdad una pública contienda, y escuchemos los dictámenes de los hombres de todas las naciones. Convoquemos la asamblea general de los pueblos para que sean jueces en su propia causa; y que en los debates de todos los sistemas, oídos todos los argumentos en favor de las preocupaciones y de la razón, haga al fin nacer la concordia universal de los espíritus y de los corazones por el sentimiento de una general evidencia.

XIX

**Asamblea general de los pueblos**

Así habló el legislador; y convencida la multitud, aplaudió estos principios, y los tiranos quedaron solos y confusos.

Entonces se ofreció a mi vista una escena asombrosa: todos los pueblos y las naciones de la Tierra, corriendo de todas partes, me pareció que se reunían en un mismo recinto y formaban un Congreso inmenso.

Diferenciado en grupos por el variado aspecto de los trajes, de los rasgos del rostro, del color de la piel, su innumerable multitud me ofreció el espectáculo más extraordinario e interesante.

De una parte, veía al europeo con su traje ajustado, su sombrero puntiagudo y triangular, su barba afeitada y los cabellos empolvados; de otra, el asiático con la capa talar, la barba larga, la cabeza rasa y un turbante redondo; aquí observaba los pueblos africanos, con la piel de ébano, los cabellos lanosos, el cuerpo ceñido de paños blancos y azules, adornados de brazaletes y collares de coral, conchas y vidrio; allí, las castas septentrionales envueltas en sacos de piel; el lapón con su gorro puntiagudo, y por zapatos, abarcas; el samoyedo, de cuerpo ardiente y olor penetrante; el tonguzo, con el gorro de puntas y los idolos pendientes del cuello; el yacuto, con el rostro picado; el calmuco, con la nariz aplastada y los ojos torcidos; más allá estaban los chinos, vestidos de seda y con las trenzas pendientes; los japoneses, de mez-



clas muy variadas; los malayos, con sus grandes orejas, su nariz atravesada por un anillo y un sombrero inmenso de hojas de palma; y los habitantes taraceados de las islas del Océano y del continente antípoda.

El aspecto de tantas variedades de una mismo especie, de tantas modificaciones de una misma organización, nos inspiró mil sensaciones y pensamientos. Consideré con asombro aquella gradación de colores, que desde la viva escarlata pasa ya hasta al moreno claro y después obscuro, ahumado, bronceado, aceitunado; plomizo y cobrizo; en fin, hasta el negro de ébano y azabache; y viendo al cachemiro con la tez de rosa al lado del indio morenuzco, al georgiano cerca del tártaro, reflexionaba sobre los efectos de los climas fríos o calientes, del suelo alto o profundo, pantanoso o seco, raso o sombrío; comparaba al enano del polo con el gigante de las zonas templadas; el cuerpo descarnado del árabe con el rollizo del holandés; el talle corto y grueso del samoyedo con la soltura del griego y del eslavo; la lana negra y crasa del etíope con la seda dorada del dinamarqués; el rostro aplastado del calmuco, sus ojos pequeñuelos y torcidos, y su nariz achatada, con el rostro ovalado y saliente, los grandes ojos azulados y la nariz aguileña del abazan y circasiano. Oponía también las telas pintadas del indio, los géneros preciosos del europeo, las ricas pieles del siberiano a los tejidos de cortezas, juncos, hojas y plumas de los salvajes, y a las figuras azuladas de serpientes, de flores y estrellas con que su piel estaba señalada. Unas veces creía ver en el cuadro abigarrado de esta multitud las praderas esmaltadas del Eufrates y el Nilo, cuando después de las lluvias y las inundaciones nacen por todas partes millones de

flores; otras veces me figuraba al observar su murmullo y movimiento, aquellos enjambres innumerables de langostas que vienen por la primavera a cubrir las llanuras del Haurán.

Y al aspecto de tantos seres, abrazando la inmensidad de los pensamientos y de las sensaciones, reflexionando sobre la oposición de tantas opiniones, de tantos errores, y en el choque de tantas pasiones de hombres tan inestables, me hallé vacilante entre el asombro, la admiración y el temor secreto. A este tiempo, el legislador pidió el silencio.

«Habitantes de la Tierra, dijo: Una nación libre y poderosa os dirige palabras de paz y justicia, y os ofrece garantías de sus intenciones en su convicción y su experiencia. Afligida largo tiempo por los mismos males que vosotros, ha buscado su origen, y ha encontrado que todos derivan de la violencia y de la injusticia, erigidas en leyes; entonces, anulando sus instituciones artificiosas y arbitrarias, y remontando al origen de todo derecho y razón, ha visto que existían en el orden del Universo y en la constitución física del hombre, leyes eternas, inmutables, y que sólo esperaban fijase la vista en ellas para hacerle dichoso. ¡Hombres, levantad los ojos al cielo que os ilumina! ¡Volvedlos después a esa Tierra que os mantiene! Cuando habéis recibido la misma vida y los mismos órganos, ¿no habéis recibido los mismos derechos al uso de estos beneficios? ¿No sois iguales y libres todos? ¿Qué mortal se atreverá a negar a su semejante lo que le concede la Naturaleza? ¡Oh, naciones! Ahuyentemos toda discordia y tiranía; no formemos más que una sociedad y una gran familia; y pues que el género humano no tiene sino una misma constitución, que no exista para él



más que una ley, y que ésta sea la de la NATURALEZA; ni más que un código, el de la RAZÓN; ni más que un trono, el de la JUSTICIA; ni más que un altar, el de la UNIÓN».

Así habló. Una aclamación inmensa se levantó hasta los cielos; y los pueblos, en la embriaguez de su júbilo, hicieron retumbar la tierra con las palabras Igualdad, Justicia y Unión. Pero luego siguió a este primer movimiento otro diferente: los doctores y los jefes de los pueblos los excitaron a las disputas; vi nacer un murmullo que, comunicándose de unos a otros, produjo gran desorden: cada nación tenía pretensiones exclusivas y reclamaba el predominio de sus opiniones y su código.

«Tú sigues el error —se decían los partidos unos a otros —; nosotros solos poseemos la verdad, tenemos la ley verdadera, la regla cierta de todo derecho, de toda iusticia, el único medio de la felicidad y la perfección; todos los demás hombres son ciegos o rebeldes». En medio de esta algarabía, reinaba más agitación extrema.

Pero el legislador pidió que callasen, y dijo: «¡Oh, pueblos! ¿Qué movimiento de pasión os agita? ¿A dónde os conducirían esas querellas? De muchos siglos acá la Tierra es una palestra, y habéis derramado torrentes de sangre por vuestras desavenencias. ¿Qué han producido tantos combates y tantas lágrimas? Cuando el fuerte ha sometido a su opinión al débil, ¿qué ha hecho en favor de la verdad? ¡Oh, naciones!, tomad consejo de vuestra propia sabiduría. Cuando una disputa divide a los individuos o las familias, ¿qué hacéis para conciliarlas? ¿No les ofrecéis árbitros?» «Sí, sí» —exclamó la multitud— «¡Pues bien!,

ofrecedlos a los autores de vuestras disensiones. Mandad a vuestros preceptores, que os imponen su creencia, que ventilen ante vosotros las razones en que la fundan. Pues que invocan vuestros intereses, conoced cómo los defienden. Y vosotros, jefes y doctores de los pueblos, antes de comprometerlos en la lucha de vuestras opiniones, discutid sus pruebas. Establezcamos una controversia solemne, una investigación pública de la verdad, no ante un tribunal de un hombre corruptible o de un partido apasionado, sino delante del de todas las luces y todos los intereses de que se compone la humanidad, y que la razón natural de toda la especie sea nuestro árbitro y nuestro juez.

---



## Noticia bibliográfica

---

Voyage en Egypte et en Syrie.

Considération sur la guerre des Turcs et de la Russie.

Mémoire sur la chronologie des douze siècles antérieurs au passage de Xercès en Grèce.

Rapport sur les vocabulaires comparés des peuples de toute la Terre, du Professeur Pallas.

Alphabet européen appliqué aux langues asiatiques.

Discours sur l'étude philosophique des langues.

Lettre au comte Lanjuinais sur l'antiquité de l'Alphabet Phénicien.

Vues nouvelles sur l'organisation des langues orientales.

Histoire de Samuel, inventeur du sacre des rois.



Tableau du climat et du sol des Etats  
Unis.

Recherches nouvelles sus l'Histoire an-  
cienne.

Supplément à l'Hérodote du Larchez.

Méthode pour apprendre les langues arabe,  
persanne et turque.

## ÍNDICE

---

Noticia biográfica . . . . .	5
Invocación . . . . .	9
Las Ruínas o meditación sobre los Imperios:	
I.—El viaje . . . . .	11
II.—La meditación . . . . .	13
III.—El fantasma. . . . .	17
IV.—La exposición . . . . .	22
V.—Condición del hombre en el Universo . . . . .	27
VI.—Estado original del hombre . . . . .	29
VII.—Principios de las sociedades. . . . .	31
VIII.—Origen de los males de las sociedades . . . . .	33
IX.—Origen de los gobiernos y de las leyes . . . . .	34
X.—Causas generales de la prosperidad de los Estados antiguos. . . . .	37
XI.—Causas generales de las revoluciones y de la ruína de los Estados antiguos . . . . .	41
XII.—Lecciones de los tiempos pasados, repetidas en los tiempos presentes . . . . .	50
XIII.—¿Se mejorará la especie humana? . . . . .	63
XIV.—El gran obstáculo para la perfección. . . . .	71
XV.—El siglo nuevo. . . . .	75
XVI.—Un pueblo libre y legislador. . . . .	80
XVII.—Base universal de todo derecho y de toda ley. . . . .	82
XVIII.—Espanto y conspiración de los tiranos . . . . .	84
XIX.—Asamblea general de los pueblos . . . . .	87
Noticia bibliográfica . . . . .	93



Biblioteca Popular

LOS GRANDES PENSADORES

Esta interesante Biblioteca por su meritoria labor de divulgación científica, filosófica y literaria, debe figurar en todas las Sociedades obreras, políticas instructivas y de carácter progresivo y en la biblioteca de todos los amantes de la cultura y del progreso.

TOMOS PUBLICADOS

(PRIMERA SERIE)

VICTOR HUGO . . . . .	Páginas escogidas,	(Nobre, 1915)
F. PI Y MARGALL . . . . .	Las Clases Jornaleras	
VOLTAIRE . . . . .	Miscelánea Filosófica	
P. J. PROUDHON . . . . .	La Propiedad	
F. LAURENT . . . . .	Crítica del Cristianismo	
EDUARDO BENOT . . . . .	Temas Varios	
ELISEO RECLUS . . . . .	El Hombre y la Tierra (Fragmentos)	
ERNESTO RENAN y . . . . .	{ Las Ciencias históricas y las Ciencias naturales	
M. BERTHELOT . . . . .		
EMILIO ZOLA . . . . .	Crítica Social	
J. MICHELET . . . . .	De los Jesuitas	
CAMILO FLAMMARIÓN . . . . .	La Vida	
DIDEROT . . . . .	La Religiosa	

(SEGUNDA SERIE)

F. LAMENNAIS . . . . .	Palabras de un creyente,	(Nobre, 1916)
P. KROPOTKINE . . . . .	Palabras de un rebelde	
J. J. ROUSSEAU . . . . .	El contrato social	
H. SPENCER . . . . .	Creación y evolución	
J. JAURÉS . . . . .	El Socialismo	
STUART MILL . . . . .	El utilitarismo	
C. VOLNEY . . . . .	Las ruinas de Palmira	tomo I

EN PRENSA

C. VOLNEY . . . . .	Las ruinas de Palmira	tomo II
CH. DARWIN . . . . .	El Hombre y su origen	
L. TOLSTOY . . . . .	La gran tragedia	
CH. DICKENS . . . . .	Los tiempos difíciles	
M. GORKI . . . . .	Los vencidos	

Se publica el segundo sábado de cada mes. Cada tomo 50 cts.

SUSCRIPCIÓN

Un año; o sean 12 volúmenes . . . . .	5'—pesetas
Seis meses, o sean 6 volúmenes . . . . .	2,75 "
Exterior,—Un año . . . . .	6,—

La suscripción puede empezar en cualquier mes del año

El pago de cada suscripción deberá hacerse por anticipado, remitiendo el importe por giro postal o cualquier otro medio.

TOMOS ENCUADERNADOS

Los doce tomos publicados divididos en 2 elegantes volúmenes conteniendo 6 tomos cada uno, encuadernados con lujosas tapas a varias tintas, se venden a 4 pesetas cada volumen.

Cada tomo separadamente encuadernado con tapas de tela inglesa, se vende a una peseta.